

EL VIAJERO ENMASCARADO: BENJAMÍN SUBERCASEAUX EN RAPA NUI (1954)

*THE MASKED TRAVELER: BENJAMIN SUBERCASEAUX IN RAPANUI (1954)*¹

Rolf Foerster y Sonia Montecino
Universidad de Chile
rolf22@gmail.com/ smonteci@uchile.cl

RESUMEN

La figura de Benjamín Subercaseaux emerge como la de un “viajero enmascarado” a raíz de su participación en el alegórico viaje de la nave *Presidente Pinto* a Rapa Nui en 1954. A través del análisis de las seis crónicas que escribió en la revista *Zig-Zag*, del Informe Confidencial al gobierno y de un documento previo a su visita, es posible rastrear las múltiples identidades textuales que de manera complementaria y a veces contradictoria denunciarán el régimen “semi-esclavista” imperante en la isla por el accionar de la Armada. La escritura pública y la confidencial del viajero construyen un entramado que devela las tensiones del colonialismo republicano chileno en Rapa Nui y las dificultades para conceptualizarlo y superarlo.

PALABRAS CLAVE: Rapa Nui, Benjamín Subercaseaux, crónicas.

ABSTRACT

The figure of Benjamin Subercaseaux emerges as the “masked traveler” because of his participation in an allegorical trip in the *Presidente Pinto* ship to Rapa Nui in 1954. Analyzing six chronicles that he wrote in *Zig-Zag* magazine, taken from the Confidential Report to the government and another document, it is possible to trace the multiple textual identities that denounce the “semi-enslaving” regime on the Island (which the Armada enforced). The public writings and the confidential report of the traveler construct a

¹ Este artículo forma parte de la investigación Fondecyt, N° 1140927, “La sociedad civil chilena e Isla de Pascua (1888-1966)”. Los autores agradecen a Roberto Hozven sus comentarios y correcciones al manuscrito.

framework that reveals the tensions of Chilean Republican colonialism on Rapa Nui Island and the difficulties for conceptualizing and overcoming them.

KEY WORDS: *Rapa Nui, Benjamín Subercaseaux, Chronicles.*

Recibido: 28 de septiembre de 2015

Aceptado: 14 de octubre de 2015

“Y ahora, Dios mío –y a pesar de la luz neón-,
quiero darte aquí el testimonio de mi gratitud
porque mis ojos ven. Sobre todo porque les
enseñaste a revelarme más de lo que los
ojos suelen ver”

(Benjamín Subercaseaux, *Santa materia* 86).

INTRODUCCIÓN

Un viaje emblemático a Rapa Nui lo constituyó el del transporte *Presidente Pinto* en enero de 1954, en una travesía que se enmarca en el cambio del escenario económico y político administrativo de la isla: la Compañía, que la había explotado, así como a sus habitantes nativos por casi seis décadas, fue “expropiada” en noviembre de 1952. En esta suerte de “nacionalización”, será la Armada quien conjunte las diversas esferas del poder, como única institución a su cargo.

Entre los pasajeros(as) de ese viaje, se encontraba Benjamín Subercaseaux, enviado por el Ministerio del Interior en calidad de Inspector –Visitador de Intendencias y Gobernaciones– un cargo de confianza del recién electo Presidente de la República, el general Ibáñez del Campo. En tanto viajero a Rapa Nui, el escritor desplegará tres campos de construcción del “otro” pascuense: por un lado, desde sus seis crónicas en la columna “Plumas Nacionales” de la revista *Zig-Zag*; por el otro, en un informe, “Estrictamente Confidencial”, que envió al Ministro del Interior, y, por último, en una carta al Sub Secretario del Interior (Carlos Ferrer), previa a su viaje, donde expresa el sustrato ideológico de la alteridad indígena. El análisis de esas escrituras pone de manifiesto un doble juego: en las crónicas seduce al lector con las imágenes y tópicos clásicos de la lejana isla polinésica-chilena, pero al mismo tiempo y de manera oblicua, evidencia su sujeción y el estado de cosas impropio de un país democrático. En su informe, la denuncia es abierta al régimen excepcional que por casi cuarenta años ejerce la Armada en la Isla: privados los isleños de sus derechos ciudadanos (por la ley 3.220 de 1917), impera allí un régimen “semi-esclavista”. La Armada no solo desprecia a los rapanui sino que se opone a todo cambio, cooptando a sus diversas autoridades locales, en un sistema arbitrario e injusto que debía terminar. En el documento elaborado antes de

cumplir su misión deja de manifiesto la particular concepción colonial-chilenizadora que lo animaba en su mirada del “otro”.

El entretreído de las escrituras, literarias y funcionarias, hace emerger la figura del viajero embozado que zarpó en el barco el verano de 1954, pero al mismo tiempo evidencia la complejidad –discursiva y práctica– de encarar el tema del colonialismo, del dominio sobre el territorio insular en el contexto chileno de la época (su distancia con la visión de Omer Emeth, Joaquín Edwards Bello, Juan Marín). Crónicas, informe y documento muestran las contradicciones y la complementariedad textual del viajero “enmascarado”, en un doble dispositivo narrativo que oculta y al mismo tiempo devela las dificultades de articular un discurso sobre el “otro” que rompa con el exotismo y que simultáneamente lo descolonice como sujeto y agencia.

I. DIVERSIDAD DE CONTEXTOS Y VIAJEROS A RAPA NUI: DE LA EXPLORACIÓN A LA EXPANSIÓN COLONIAL

LA ISLA COMO ENIGMA

El devenir de Rapa Nui está jalonado por la construcción que los viajeros han hecho de ella; en tanto isla oceánica, sus mares han sido atravesados por una multiplicidad de navíos y tripulantes que evidencian el desarrollo del viaje en su historicidad: desde los navegantes que expanden las fronteras coloniales, los de exploración, los de posesión y los del turismo². Rapa Nui, desde que fue “descubierta”, ha sido objeto de los relatos de esos heterogéneos viajeros, ya sea europeos o de las élites latinoamericanas y chilenas, emergiendo de ellos un vínculo con el colonialismo de forma explícita, y de complicidad con el lector, a través de la ficción³ y de la oposición que los constituye: civilización y barbarie (Mary L. Pratt), pero también del “rendimiento” que cada quien podía ver o proponer para la isla. Sin embargo, en muchos de ellos apreciamos

² Pérez Villalón, citando a Fermeadois, sostiene que existirían tres actitudes del viaje: la de exploración, la del verdadero viaje y la del turismo, existiendo una “era del viaje” que se desarrolla entre la exploración y el turismo, la primera ligada a la violencia colonial y el segundo al viaje como desplazamiento sin incertidumbre (“Variaciones sobre...”). Karolina Zygmunt, por su lado, precisa que “Este sujeto nuevo (el turista) ya no busca experiencias, conocimiento, desarrollo, superación personal ni siquiera fama o enriquecimiento, sino que se dedica a consumir y acumular pruebas de su estancia en sitios importantes” (110).

³ Puesto que se trata de “escritos de viajes” enmarcados dentro de los textos referenciales, pero que no se ajustan a las definiciones tradicionales: “el escrito de viajes rompe con esa dualidad, en la medida que llega a ser texto ficcional, y sin embargo siempre habla de una realidad externa, o de una supuesta realidad externa, que es el objeto del viaje: costumbres de los habitantes de otras tierras, nuevas especies de plantas y animales, nuevas tierras...” (Nieves Soriano).

que esa oposición se rearticula en base a la dimensión romántica, sexualizada e idílica asociada a la cultura polinésica y en este caso específico a los nexos que posee con sus “misteriosos” monumentos⁴.

Sin duda el tropo común de los primeros viajeros es la construcción del “misterio”. Una larga lista de navegantes lo han forjado con sus narraciones: desde las expediciones del siglo XVIII (como la holandesa de 1772 con Jacob Roggveen y Carl Friedrich Behrens; la española de 1770 con Felipe González de Haedo y Francisco Antonio Agüera; la inglesa de 1772 con James Cook y George Forster; y la francesa de 1786 con La Perouse) hasta las del siglo XIX (siendo la más clásica la de Pierre Loti de 1872, las rusas de Iurii Lisianskii en 1804 y Otto von Kotzebue de 1816; la norteamericana del capitán Beechey de 1825 y la francesa de Petit-Thouars de 1838), observamos el nudo escritural que configura el enigma, la pregunta por el significado y las formas de elaboración de los monumentos (las ruinas).

Los viajes chilenos de expansión y posesión se concentran en los de la Armada nacional, iniciados por la corbeta *O'Higgins* en 1870. Sus bitácoras e informes inician una larga trayectoria narrativa de la Armada respecto a Rapa Nui, sobre todo después de la “anexión” de la isla en 1888 al Estado de Chile y de la ley de 3.220 de 1917, cuando quedó “sometida a las autoridades, leyes y reglamentos navales”. El alcance de estos relatos administrativos —escritos por la Armada cada año— es burocrático y funcional al sistema de colonialismo interno. Así, habrá que esperar a otros viajeros, para conocer nuevas ópticas que cuestionen y se interroguen por la forma de ejercer el dominio en la isla.

Rapa Nui, luego de ser anexada, fue objeto de un proyecto colonizador privado por parte de la familia Toro-Hurtado, el que luego de cuatro años, sin el apoyo del Estado, fracasa y en 1895 este optó por arrendar la Isla a un empresario porteño de origen francés, Enrique Merlet, para que la explotara y “colonizara” a través de una estancia ganadera. El éxito de esta empresa suponía expoliar a los rapanui de sus tierras, confinarlos a Hanga Roa y establecer un conjunto de mecanismos de coacción para transformarlos en mano de obra eficiente al servicio de la Compañía. En 1903 Merlet, junto a los empresarios anglo-escoses (Williamson Balfour) formarán la Compañía Explotadora de la Isla de Pascua.

Entre 1902 y 1905 este proceso será denunciado en la prensa con el adjetivo de “crímenes” por lo que podríamos llamar los primeros “viajeros descolonizados”⁵, a través de los relatos de Luis Ross Mujica y del expleado de la Compañía y

⁴ La propuesta más provocativa hasta ahora es la de Max Ernst en *Una semana de bondad*, ver su capítulo “Jeudi le Noire. AutreExemple: L’Ile de Paques”.

⁵ Al menos en lo que respecta a no construir a los rapanui como subalternos y reificar la violencia sobre ellos.

esposo de la viuda del rey Riro, Lorenzo Vega⁶. Más adelante, en 1915, surgirá otra narrativa de denuncia proveniente de miembros de la iglesia: el obispo Edwards y posteriormente el misionero Bienvenida o de Estella describirán y definirán la situación como “esclavitud”⁷. El impacto público de estas acusaciones tuvo el efecto de derogar el contrato de arriendo a la Compañía (1916), colocando a Rapa Nui bajo la tutela de la Armada (ley 3.220 de 1917). En el Prólogo del escritor Manuel Rojas a la obra de obra Stephen-Chauvet *La Isla de Pascua y sus misterios* (1946) reseña brevemente lo que fue esa campaña y sus efectos:

Esa denuncia [la de Monseñor Edwards], que puso en peligro el prestigio de Chile, no fue, sin embargo, suficiente. Durante años y años se siguió con la isla la misma política de abandono. Mientras la Compañía explotadora repartía suntuosos dividendos a sus accionistas, los isleños seguían sumidos en la misma esclavitud. Sólo en 1936, cuarenta y ocho años después de proclamada la soberanía de Chile sobre la Isla de Pascua, se dictó un reglamento de vida y trabajo que puso fin, en parte, a la terrible situación de los indígenas (12).

EL ANILLO DE AGUA QUE ESTRANGULA

Sin embargo, esta afirmación de Manuel Rojas no fue tan real. Un año más tarde, otro viajero “descolonizado”, el escultor y pintor Manuel Banderas, después de regresar de la Isla publicó un libro evidenciando que la “esclavitud” continuaba, señalando como principales responsables a la Compañía Explotadora e indirectamente a la Armada de Chile. La opinión pública y la sociedad civil harán eco iniciando una campaña “transversal” con dos voces: por un lado, la *Sociedad de Amigos de la Isla de Pascua*, encabezada por el ex abogado fiscal e Intendente de Valparaíso, Humberto Molina Luco, y por el otro, el periodista y economista Lautaro Ojeda, a través del periódico *El Economista*. Estas acusaciones no se dirigieron a la Armada, sino a la Compañía, bajo el discurso de que la isla no fuera arrendada a “capitales extranjeros” (“ciudadanos ingleses” o franceses) o entregada –para usar los términos del diputado Carlos Ferreira – a la “economía nacional” con vistas a transformarla en una fuente de productos tropicales para Chile. Así, en medio de la denuncia, los ecos del colonialismo se escuchan: no es producir un cambio donde los isleños formen parte de la producción y administración de los recursos, sino del “rendimiento” y ganancias que Chile puede

⁶ Véase Foerster, *Rapa Nui. El colonialismo republicano chileno cuestionado (1902-1905)*.

⁷ Para los textos de monseñor Edwards véase Foerster y Alvear, *El Obispo Edwards en Rapa Nui (1910-1938)*. De Estella, *Los misterios de Isla de Pascua y Mis viajes a Pascua*.

obtener de su “lejana posesión”, para lo cual es preciso transformar los mecanismos y métodos de sujeción. Esta actitud queda de manifiesto en un viajero que cumple el doble papel de escritor y oficial de la marina mercante, Guillermo Valenzuela Donoso en *El Mercurio* de Valparaíso:

[E]se puñado de tierra chileno no merece tal abandono. De clima semitropical, podría convertirse en un pequeño granero. Allí crecen el plátano, la caña de azúcar y el café... Sin temor a equivocarme, puedo asegurar que los tres productos antes nombrados, con una especial atención de parte de nuestro Gobierno, podrían abastecer al país entero [...] He visto hombres que de rodillas, dejando caer a raudales la sangre de su espíritu humillado, nos pedían sitio para escapar en el barco de ese terrible anillo de agua que los estrangula día y noche (16 de febrero de 1947).

Junto a estos beneficios emergerá una valoración *geopolítica* de Rapa Nui. El Estado, con los brazos armados del Ejército y la Fuerza Aérea, querrá ceñir ese territorio a través de la comunicación aérea. Ramón Cañas, comandante en Jefe de Ejército, y el comandante Roberto Parragué de la FACH, serán los estrategas e “ideólogos” del discurso que, post Segunda Guerra Mundial, sostendrá que una nueva “etapa de nuestra civilización” se abría en pos de que Chile jugara sus cartas en el Pacífico, ocupándose de sus posesiones ultramarinas:

El notable ensanchamiento del horizonte geográfico de la nueva era, debidamente conjugado a nuestra excepcional ubicación, impone proyectar intensamente la acción política de Chile a base de sus posesiones antárticas y sus dominios oceánicos, como Juan Fernández, Diego Ramírez y muy especialmente Pascua (General Ramón Cañas Montalva, 1954).

En esta campaña de estimación y rédito de la isla no aparecía ni remotamente la faz cultural de sus habitantes, pero ello será relevado por nuestro viajero enmascarado antes de su travesía, en su obra *Tierra de Océano* (Ercilla, 1946), oponiéndose a la ocupación de Pascua por continentales, como planteaban algunos miembros de la FACH y del poder Legislativo⁸. Otra cara de la empresa a favor de Rapa Nui se aprecia, en 1947, a través de la revista *Zig-Zag* quien acogió los artículos del “escritor viajero”⁹

⁸ Cabe destacar que esta preocupación por Rapa Nui estará presente también en Pablo Neruda quien, antes de viajar en 1970 a la isla, en su poema “Los constructores de estatuas”, muestra esta suerte de transubstanciación de Chile con Oceanía: “Ellas tienen mi rostro petrificado, la grave/ soledad de mi patria, la piel de Oceanía (*Obras completas* V. I 774).

⁹ Definido por Zygmunt como “una respuesta radical a la forma que ha adquirido el viaje moderno” (113).

Enrique Bunster Tagle –y que concluyó exitosamente a fines de 1952, cancelándose el arriendo a la Compañía Explotadora–. La prensa celebró el hecho como un hito del “nacionalismo” del gobierno de Ibáñez. El diario oficial, *La Nación*, titulaba en su primera página: “Pascua vuelve a ser chilena: resolvió Ministro de Defensa”.

No obstante, la esperanza de que pasara a la administración civil se vio frustrada, más aún con la publicación del decreto con fuerza de ley N° 1.731, del 7 de septiembre de 1953, que la destinó nuevamente al Ministerio de Defensa Nacional. Las razones geopolíticas fueron las esgrimidas:

- a.- Que la Isla de Pascua, dada la posición que ocupa en el Océano Pacífico, tiene una señalada importancia geo-estratégica para la Defensa Nacional, y muy especial, para la Defensa Continental;
- b.- Que, hasta la fecha, ha sido la Armada Nacional la Institución que permanentemente ha tenido a su cargo la referida Isla en todo cuanto dice relación con su aspecto militar;
- c.- Que en atención a lo expuesto es de toda conveniencia que la citada Isla permanezca afecta al Ministerio de Defensa Nacional, Subsecretaría de Marina.

Este bosquejo de viajeros, escrituras y colonización interna dibuja un contexto para el periplo que Benjamín Subercaseaux emprende en el verano de 1954. Él es uno de los pasajeros del viaje que representa la metáfora de la potestad de las Fuerzas Armada y del Estado. Conjeturamos que Benjamín Subercaseaux se constituyó en ese desplazamiento oceánico como un pasajero con múltiples objetivos: luchar contra el poder de la Armada en la isla, mirar como un explorador-antropólogo, cumplir una función oficial-secreta y ser un “escritor viajero”. Ese haz de propósitos lo configuran, finalmente, como un viajero enmascarado: no puede revelar todas sus identidades traslaticias y debe cubrirse entonces para cumplir cada una de ellas en sus crónicas, en su informe oficial y en el documento previo al zarpe. Desde allí que la construcción del “otro”, en su escritura, sea oscilante en el plano público y directa en el plano confidencial al Estado (tanto en su informe como en los propósitos “ocultos” anteriores al viaje).

II. EL ESCRITOR VIAJERO Y SUS CRÓNICAS

Benjamín Subercaseaux productivizó su viaje a Isla de Pascua vertiendo en un conjunto de crónicas aquello que ya había hecho en *Chile o una loca geografía* y que se relaciona con “...el placer de recorrer e ir describiendo: en la medida en que la trayectoria se realiza se articula la escritura del viajero” (Pérez Villalón 59) y cuyo fin es reconstruir alegóricamente tanto los “orígenes nacionales” como una “etnografía redentora de las identidades desdeñadas de Chile” (Hozven 212). Pero también quiere alejarse de lo que en ese entonces ya estaba vigente: la figura del turista, y narrar

“una experiencia cultural auténtica” (Pera 511), aunque en algunos de sus artículos se aprecia algo del “turismo textual” presente en las crónicas periodísticas convertidas en “guías turísticas” (511) de otra índole. Analizados desde su secuencia en el tiempo es posible observar los meandros del viajero enmascarado.

“NO HAGO SINO SOÑAR”

Es ilustrativo que la primera crónica, “Imperio chileno”, aborde el colonialismo nacional en Polinesia, algo que ya Vicuña Mackenna, a fines del siglo XIX y Pedro Prado en la primeras décadas del XX, habían tematizado, y lo mismo el debate internacional post Segunda Guerra Mundial a través de las políticas de descolonización. Para Benjamín Subercaseaux el colonialismo de Chile requiere un particular esfuerzo hermenéutico: “Si lo comprendo: resulta grotesco, absurdo, hablar de un imperio colonial, al referirnos a dos islas esporádicas, perdidas en el Pacífico: Juan Fernández y Pascua. / Pero es verdad también que hay cosas que no se comprenden si no se viven”.

¿Qué experimentó BS para comprender-aceptar el “Imperio chileno”? Zarpado *El Pinto*, una escena lo conmoverá: el “marinero” Felipe Riroroko –quien fue despedido en Valparaíso por su amiga Margot Loyola– y el “sargento de la aviación” Rapa Hango, sacan sus guitarras y entonan bellas melodías, la tripulación, heterogénea y abigarrada de “marineros en mezclilla azul, encaramados en barandillas y sacos; oficiales, cirujanos de la Armada; el senador Ampuero y su hijito; técnicos extranjeros. El profesor Peña, antropólogo: gusta más de los libros que de la realidad [...]” queda “embelesada” con el rito-baile del Hula Hula “lleno de ensueño y armonía”:

Y lo importante era el momento: esa concentración de chilenos de diversas profesiones y temperamentos, pero unidos en ese instante en un solo propósito: ayudar a Pascua, hacerla útil para el patrimonio nacional; sentirla y vivirla de antemano, y aplaudir a estos chilenos polinésicos, compenetrándonos en sus almas y en su arte.

Y al verlos así, tan íntimamente unido a lo nuestro, y a la vez tan diferentes de ese simple y reducido Chile de trillas y huasos, al que hemos estado limitados, SENTI la grandeza de la patria chilena y de su “imperio”.

El viajero se siente inmerso en la unión en la diversidad, casi en un trance místico donde los “otros” y nosotros se amalgaman en la patria representada por el conjunto de pasajeros y tripulantes, unos –los dominantes– con el propósito de ayudar y convertir en útil (hacer rendir) el territorio de los isleños. Los “otros” capturando desde lo sensible a los colonizadores. Esta visión lo lleva a pensar que su país no es “una republiquita más de Sudamérica. Había en nosotros algo distinto y profundamente comprensivo del Gran Chile”. Desde esa unidad verá al capitán Salvago –quien va a

introducir el servicio militar obligatorio en la Isla— coreando en maorí las canciones de los pascuenses, lo mismo que “hacía ese otro gran chileno y pascuense adoptivo, el comandante Parragué [...] el hombre que unió a Chile con su isla oceánica”.

Los(as) lectores(as) podrán conocer, paradójicamente, esa experiencia intransferible de la

[...] gran hermandad de los pueblos que se extienden por los mares y que saben así afianzar dentro de la libertad y la democracia las diversas razas y costumbres! Si Chile lo comprendiera, volveríamos a asumir el gran destino marítimo a que estamos llamados, y a recobrar la importancia que el pasado nos concedió en el Pacífico.

Recordemos que ese era también el objetivo de su libro *Tierra de Océano*; hacer ver a los chilenos su destino oceánico, ya que no hay “otra salvación que el mar”, sabiendo que “ni en el pasado remoto, ni en la Colonia, ni en la República, los gobiernos han querido enfrentar estas verdades que repugnan al habitante de esta tierra. El hombre de Chile, salvo las excepciones mínimas de sus razas sureñas e isleñas, no tuvo pasión ni la vocación por el mar” (13). También es el ejercicio “pedagógico” de su obra *Chile o una loca Geografía*:

Hay en el contacto directo, en la atmósfera y el color de cada país, en la experiencia diaria con sus habitantes, algo propio e intransferible; una modalidad íntima que ningún libro puede reflejar... Lo que el libro hace, lo que el libro logra y que sólo él puede lograr, es aquella preparación del alma sin la cual los ojos no ven y los cuerpos viajan sin mudarse de espíritu. En este sentido, me parece que mi libro muestra al futuro viajero, ignorante de nuestro país, muchas cosas que contribuirán a hacerle provechoso el viaje y ordenaba la visión.

Sin embargo, el escritor viajero sabe que el deseo de la hermandad y la democracia no está tan cerca, mejor dicho es un sueño: “Entretanto, no hago sino soñar. Pero este sueño, vivido en la realidad indubitable de nuestro buque y del espíritu que aquí nos anima a todos, me hace decir desde luego y escribir como título de este artículo: ‘Imperio Chileno’, porque así lo sentimos, así lo vemos, así lo queremos”. Benjamín Subercaseaux, de modo sinuoso, aborda el objetivo del viaje del *Pinto* en enero de 1954: verificar un imperio grotesco en la medida en que la expansión oceánica se realiza sin democracia y sin la libertad de lo que hoy llamaríamos un multiculturalismo, sin embargo el embriagador influjo del arte musical de los rapanui que reúne y fascina a todos puede ser la representación de un “imperio” practicado a la “chilena” aunque sea solo en el sueño vivido en el buque de la Armada. Podríamos decir que estamos ante las primeras pistas del viajero enmascarado, las estelas ocultas en que va dejando,

como pinceladas a veces contradictorias, los motivos de su traslado a Rapa Nui. La afirmación “Si Chile comprendiera” que debe buscar en el mar su desarrollo y que su dominación debe hacerse conforme a los derechos universales de los ciudadanos, deja abierta de manera ambigua una extraña propuesta imperial dirigida al público en general, pero sin duda a otros actores nacionales: el Estado, la propia Armada y por qué no a quienes viajaban en *El Pinto*.

UN DESIERTO LÍQUIDO

En “Ver Pascua”, su segunda crónica, se mantiene el placer de viajero que cuenta en la medida que viaja. Este texto nos lleva a los momentos del desembarco con una advertencia al lector sobre su perspectiva “iluminadora”, asumiéndose el escritor como un vidente, esclarecedor de lo oculto¹⁰. Benjamín Subercaseaux sabe que hay una enorme bibliografía que ha hablado de la isla, pero que ha puesto solo verdades fragmentarias “atiborrándonos de estudios históricos, etnológicos, antropológicos, arqueológicos, agrícolas y comerciales; pero pocos nos han dicho cómo es Pascua” (“Ver’ Pascua”). Se podría leer acá una crítica a la construcción colonial que esos estudios portan¹¹, pero al mismo tiempo el propio Benjamín Subercaseaux adopta esa actitud al asumir él la escritura de lo que “realmente es Pascua” en tanto testigo privilegiado (sin duda reverbera aquí su máscara de funcionario en misión confidencial) y en tanto escritor viajero que compromete el cuerpo —“ver para comprender”— y los sentidos en una exploración a la lejana isla. Su primera intención es sumergir al lector, hacerlo palpar que se trata de un viaje muy largo en medio de la naturaleza oceánica, imitando los viejos gestos literarios de los viajes de exploración:

¹⁰ Recordemos que la escritura de Benjamín Subercaseaux se inspira en un principio jerárquico y distante del hombre común. Así una obra ha de tener “por carácter fundamental el de ser, en cierta forma, un plaidoyer, un alegato, una defensa o un ataque que el escritor formula de manera más o menos encubierta contra su ambiente y su mundo. Porque si él constituye una verdadera personalidad y hombre superior, estará condenado a vivir perpetuamente desadaptado a su medio ambiente” (“¿Cómo hace usted para escribir?” (21 de marzo de 1954), cit. en Calderón 351). Pensamos que este principio “jerárquico y distante” constituye la base de su sexismo, racismo, clasismo, etc.

¹¹ Esteban Barboza ha dado cuenta de esta actitud colonial en la escritura de viajes: “la narrativa de viajes, produce una ideología caracterizada por una falsa conciencia, por una representación imaginaria de las condiciones de vida que oscurece las condiciones reales de existencia presentando verdades parciales [...] lo que lo faculta a hacer aseveraciones sobre los nativos es que su experiencia es de primera mano. No solo ha estado en el territorio sino que ha ‘intimidado’ con los locales; ha sido ‘invitado’ por ellos mismos a experimentar de primera mano sus costumbres y tradiciones...” (57, 59).

Las nubes tropicales no tardan en cercarnos con sus conglomerados negros, caprichosos; sus bambalinas de viejas apoteosis de los grabados antiguos, con algún rayo de sol refulgente sobre un mar de acero, un chubasco de tinieblas, o una puesta de sol espectacular, con arcos de fuego, bosques que parecen salir del mar, islas imaginarias y trozos de cielo verde pálido o rosa, gris azulado o violeta: la gran *mise en scène* del trópico.

Su mirada singular ahora se sitúa como en la de un viaje de descubrimiento:

[...] cuando al noveno día aparece ella, tan sola y pequeñita en el horizonte; tan inerme y desprovista de vecindad; tan osada también, como una avanzada de Chile en la antesala de la Polinesia (porque lo es, y mucho más de lo que imaginaba), comenzamos sintiendo una gran piedad, a la vez una gran ira, contra quienes parecen no comprender lo que significa un puñado de hombres perdidos en el mar, a más de dos mil millas de todo centro habitado o de una simple tierra firma. Sin embargo, a medida que nos acercamos a esta isla suave, de vastas ondulaciones, y ya típicamente “pascuense” en sus relieves, entre volcánicos y tiernamente bucólicos, pensamos desde luego que nos habían engañado respecto a su superficie. Es grande, inmensa, y extraña sobremanera.

La constatación de que el “atiborramiento” de escritos había falseado el tamaño de Rapa Nui devela la estrategia narrativa del viajero enmascarado, desde su visión la isla tendrá una nueva representación, una que invitará a conocerla. De ese modo, los paisajes serán homologados a lugares y destinos turísticos: el cráter del Rano Kao “en lomajes suaves y llanuras, interrumpidos por algunas colinas cónicas o un vasto ‘Estadio Nacional’ que se hubiera derrumbado por un lado, a la manera del Coliseo romano [...]”. Luego, la aldea de Hanga Roa será “un valle muy arbolado, casitas hermosas, alguna palmera cocotera, plantaciones de bananeros” que le recuerda a Limache. Ruina europea y provincia chilena son los componentes de un imaginario pascuense que el testigo quiere construir. Desde la lejanía verá los moai, como “bastoncitos”, pero como se han descrito demasiado su visión no se detiene en ellos.

Si ese es el paisaje percibido antes del desembarco, al hacerlo el objeto será “ver y sentir” a los sujetos que habitan la isla, los pascuenses. Lo primero son los cuerpos: hombres y mujeres bellos, ataviados hermosa y pulcramente que reciben al viajero en su lengua: “...un cordial ¡Yorana Korúa! ¡Yorana Koe! ¡Bienvenidos! ¡Riva-Riva!”. Los rapanui “¡Era gente que exudaba amistad y buena voluntad; una simpatía cordial y casi desenfadada. Retenían mis manos, las acariciaban, me cogían las mujeres por la cintura. Pero todo esto con gran ‘savoir vivre’; como viejos amigos que nos hubiéramos conocido una vida entera”. El viajero enmascarado dirá que no había ni un asomo de “salvaje” en esos habitantes, solo afecto, alegría. El desembarco entonces

es el primer relato testimonial de una narrativa que, de algún modo u otro, se verterá en el resto de las crónicas. Por un lado, el viajero es un “hombre solitario” impactado por la experiencia: “fue demasiado fuerte para un hombre solo, que había navegado nueve días por la soledad”, nos dice, obviando al resto de los pasajeros que iban con él en *El Pinto* y remarcando su posición de testigo privilegiado. Por otro lado, con los isleños la oposición salvaje/civilizado se desvanece toda vez que representan una especie de humanidad “idealizada”, sobre todo porque son bellos y buenos (afectivos), pero también por su “elegancia”, por el “savoir vivre” de quienes tienen “mundo” (y en ese sentido se alejan de todo provincianismo).

Me atreví, pues, a mirar, con los ojos un tanto velados por la emoción... muchachas de ojos claros, blancas y europeas (mucho más, infinitamente más que las nuestras). Sólo el ojo almendrado, con una inclinación que vanamente buscan las elegantes del mundo entero a través del maquillaje, me decía que estaba ante una raza polinésica, y como tal, indo-europea. Ni sombra de afectación en su simplicidad, y sin embargo, ¡cuánta distinción! Hasta una gorda matrona, de tipo melanésico (casi mulata), que era muy ruidosa y gesticulante, lo hacía en forma que resultaba una “grande fêmmе du monde” [...] miré a nuestros tripulantes y observé sus rostros. ¡Decididamente, los “indios” éramos nosotros! ¡Los “salvajes” también! ¿Cuándo habíamos logrado tal cortesía, simplicidad y convivencia humanas? Nunca. Es tan difícil decirlo sin ofender, pero la verdad es que si no sabemos nada en torno a Pascua, es porque hasta ahora no nos convenía decirlo: es como si los caddys se hubieran posesionado del Country Club.

El escritor viajero intenta dar vuelta el colonialismo y el racismo demostrando que la oposición pascuenses, indios/chilenos, blancos se invierte, y que el desconocimiento de la vida isleña ha sido funcional a una dominación ilegítima: los “empleados” (los chilenos) se han adueñado del territorio. Sin embargo, y de nuevo, su desvelar construye otra maquinaria simbólica: los pascuenses no son “indios” porque son “blancos”, “distinguidos” y de ese modo cobran un valor distinto. Estas observaciones, como es evidente, no escapan de la ideología racial chilena, donde siempre el polo de lo indio estará en lo oscuro aunque se cambien las nominaciones (chileno o pascuense). Será este también un mundo sin inquilinos, cuya jerarquía estará dada por la belleza y la amistad, “como debió de ser el mundo antes de que el demonio metiera la cola”.

ME LLAMABA HERMANITO

La comparación de Rapa Nui con la estructura de las relaciones de poder de la hacienda de la zona central y la “autonomía” de los pascuenses en sus vínculos, así

como la construcción de la isla “idílica”, serán los tópicos abordados en su tercera crónica “Mataverí y Hanga Roa”. La oposición muestra el contraste entre la Hacienda (Mataverí) y el Pueblo (Hanga Roa), un antagonismo que terminó en 1953, cuando finalizó el régimen de la Compañía Explotadora. El escritor viajero asiste ahora a un cambio en los términos: los “patrones” son la “Gobernación” y los “chilenos” :

Decir: personal, en Pascua, reviste otro sentido que en el continente. Allá no hay “sirvientes”; hay “gente que ayuda” [...] las dos hermosas isleñas que se ocupaban de nosotros salieron a nuestro encuentro y nos tendieron la mano con ancha sonrisa, reteniéndola, como acostumbran a hacerlo. Desde el segundo día, una de ellas, linda como un modelo de Gauguin, me llamaba hermanito. Aquello podría parecer licencioso en cualquier otra parte menos aquí. Son inocentes-libertinas, de un cuño muy especial. La razón, ella me la dijo (perdone el lector esta vanidad a mi medio siglo): “Me gustas porque eres *neje-neje* (buenmozo) y no tienes cara de chileno-feo” (Charming). Procuré explicarle que los chilenos no son tan feos, y que yo representaba al Presidente de la República, y que no era el momento para liviandades en pleno hogar de mis huéspedes. Rió y no me hizo ningún caso. Siguió llamándome “hermanito” y apoyándose en mi hombro en cuanto se encontraba cerca de mí. Yo tampoco insistí en mi actitud de José perdiendo el manto, y la acariciaba en las mejillas al pasar, cuidando de hacerlo en público, como con una niña regalona. Pero todo esto sin la menor ordinariez ni procacidad de parte de ella. A vista y paciencia de todos, porque allá no hay misterios ni rechazos amorosos, sino que todo es un gran afecto compartido y vivido como en un jardín de Edén. Por la mañana, nuestras piezas quedaban arregladas como por arte de magia. Nunca vi empleadas domésticas más eficientes, limpias y ordenadas. Trabajaban cantando, y hasta con la correa de mi cantimplora hacían un dibujo hermoso y ordenado al enrollarla en el tiesto.

Las relaciones de género y poder se dibujan de manera ambigua: por un lado, no hay servidumbre sino mujeres (y después veremos hombres) que “ayudan” alegres y que además prodigan amistad y familiaridad, unas “inocentes-libertinas” que apelan a la vanidad del escritor viajero y que lo despojan de su chilenidad al encontrarlo buenmozo. La sexualidad será una de las características de las rapanui, pero una que debe comprenderse de otro modo, pues no opera dentro de las reglas “occidentales” sino en las del “paraíso terrenal” que es la isla: sin pecado. El escritor viajero se suma a los clichés del imaginario bordado sobre la polinesia: la liberalidad sexual que más tarde se convertirá en parte de la “industria turística”, siendo él testigo de “primera mano” con la “niña regalona”. A pesar de que en Pascua no hay servidumbre, las mujeres no dejan de ser “empleadas domésticas eficientes” que sirven amorosamente al “patrón chileno” sin poder subvertir las categorías que quiere anular. El androcentrismo de esta

“colonialidad de género” (Lugones, “Colonialidad”) es evidente, y entre los meandros de la valoración positiva, Benjamín Subercaseaux edifica una alteridad que no rompe el orden de las relaciones sociales de género sino que lo reifica:

Servidor admirable, nos adivinaba nuestros deseos y era respetuoso en su trato, a pesar del tuteo clásico y de ese mirar firme, cara a cara, pero con la típica inocencia en el fondo de los ojos. Porque lo que más impresiona entre esta buena gente es su mirar. Tan diverso del ladino, esquivo, burlesco o insolente mirar chileno. Nunca, en raza alguna vi un mirar tan “de hombre”, en el hombre, y tan dulcemente femenino en las mujeres: mezcla de picardía infantil y de suave sollicitación sumisa e inocente (“*Mataveri y Anga Roa*”).

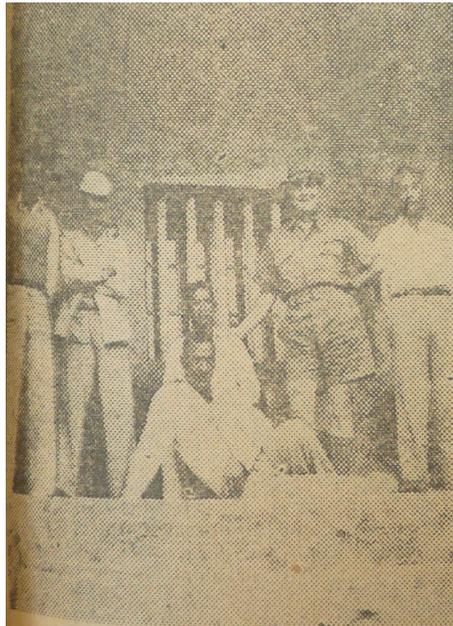
Ahora es un masculino el servidor, solícito, pero no subordinado, de mirada directa, opuesta a la chilena; sin embargo es construido desde adjetivos que lo infantilizan: picardía, inocencia, sumisión, con las oposiciones clásicas: un hombre, hombre/ una mujer dulce. La alteridad de género que el escritor viajero describe entonces no está lejos de las miradas sobre el “buen salvaje” y la “naturaleza” (sexualidad) inscrita a fuego en sus cuerpos.

En esta crónica aparecerá el diálogo que Benjamín Subercaseaux tendrá con los isleños y desde él su labor “enmascarada”. Se explicita que es un enviado de la máxima autoridad chilena y ante ello “Me preguntaban sobre Chile y sobre mi misión. Cada uno me pedía que anotara su nombre para que le llevara un abrazo al Presidente de la República” y finalizará el texto con una descripción del habitar que se corresponde con la función del explorador-“visitador”, coherente con la imagen de la idílica posesión:

Casitas de tres o cuatro piezas con un corredor al frente, cortinillas blancas y muy almidonadas en las ventanas, y casi todas pintadas con primor. Casi siempre hay delante un bosquecillo de plátanos y el camino de entrada está bordeado de hermosas flores. En el interior hay un hall central, de piso pintado de rojo y encerado, reluciente como un espejo. Sobre él algunas esterillas muy finas, hechas con fibra de bananero, sillas, algún traje de plumas colgado de la pared (el traje de ceremonia de los bailes) y una imagen del Corazón de Jesús. En las casas más acomodadas vi una espléndida biblioteca, máquina de escribir, un buen barómetro fijado en la pared y fotografías de buques de nuestra Armada. En los dormitorios (mi misión de inspección me permitió recorrer los lugares más íntimos) la misma pulcritud: catres de fierro o bronce, cubrecama blanca y limpia, un velador con su vela, algún retrato y un libro de piedad. Todo pintado de blanco hasta los cielo-rasos, y con cada prenda u objeto puestos en su lugar. Y esto que mi llegada no había sido anunciada, y que eran visitas sorpresivas.

La cuarta crónica, titulada “Volcanes y males bíblicos”, trata de la visita al volcán Rano-Kao y al leprosario. La primera, acompañado de dos guías rapanui, Moisés y Benedicto Tuki, que se convertirán en sus “hermanos” gracias a un pacto social que convertirá a Benjamín Subercaseaux en un rapanui más:

[...] no he contado todavía cómo, en una de estas visitas, caí en una casa más pobre que las demás, pero donde me salieron a recibir dos muchachos altos y fornidos, y de una extraordinaria belleza: Moisés y Benedicto. El primero, casado, de 24 años; el segundo, soltero, de 17. Las preguntas iban y venían (con cierta dificultad, porque su castellano era incipiente), cuando el casado me tomó de pronto la mano y, mirándolo en los ojos, me dijo: “Quiero ser tu hermano”. Yo conocía aquello del pacto de sangre en las islas polinésicas. Y sabía que era un compromiso serio. Así, pues, le dije: ¿Y por qué me has elegido a mí? ¿Sabes acaso si no soy un hombre malo?” “Tus ojos son buenos, Benjamín –respondió–; yo quiero que tú seas mi hermano, si lo deseas”. Acepté serlo del mayor, siempre que el menor fuera mi ahijado. (Me daba pena verlo todo corrido y excluido del pacto.) Y así se hizo. Y fue así como ahora soy un pascuense adoptivo, y tengo allá una larga parentela de cuñados, primos y primas.



Benjamín Subercaseaux en el leprosario (*Las Últimas Noticias*, 1954, 13 de febrero).

Es interesante señalar que las descripciones de la relación con sus “hermanos” (sus “príncipes-ayudantes”) abordan el afecto desde el tópico de las “manos tomadas”, imagen que repite tres veces, en una camaradería masculina poco usual, cuyo resultado es la construcción de un parentesco donde hermano y ahijado conforman un triángulo, aludiendo sutilmente a una homosociabilidad amorosa. Pero los tiempos en que el escritor viajero narra su experiencia no eran para libertades de ese tipo; entonces, en la retórica de la atracción masculina, aparecerá la imagen femenina tan admirable como la de los hombres:

Ahí (la ladera de Orongo) nos encontramos afortunadamente con algunos tripulantes y pasajeros del barco, que contemplaron con admiración al “inspector”, rodeado por sus dos príncipes-ayudantes, de pura cepa polinésica. Ahí descansamos también y nos retratamos con una hermosa muchacha de a bordo, lo bastante animosa como para haber llegado hasta ahí.

Luego de narrar los rituales del Manutara, la crónica cambia de tono y se desplaza al leproulario, al norte de Hanga Roa, que cuidaban las Hermanas Misioneras Catequistas de Boroa. Todo no podía ser puro placer, como recuerda a los(as) lectores, él no “andaba por esos pagos en calidad de turista, sino en misión de Gobierno”. Benjamín Subercaseaux sabía que la lepra, ese “mal bíblico”, era un estigma empleado por la Compañía, la Armada y la Iglesia (el padre Sebastián Englert y su obispo Guido Beck de Ramberga) para justificar el “aislamiento” de los rapanui del continente. Sin duda, también conocía los cuestionamientos públicos realizados en la campaña de los años 1947-1952, donde algunos de los titulares de prensa fueron: “El mito del peligro de la lepra” (*El Mercurio*, 16/2/1950), con comentarios como “la lepra es un fantasma bien explotado por los interesados en explotar, en mantener acerca de Pascua una leyenda inspirada en la aversión, la repugnancia y el terror” (*El Economista*, 18/3/1947). ¿Cómo tematizará el viajero enmascarado su visita al leproulario?:

[...] fui a visitar la leprosería. Llevaba guantes de goma y unas zapatillas de lona, que dejaría allá, a los pobres asilados. Debo decir, que en ningún momento el fantasma de la lepra pasó por mi mente. En el pueblo estrecharía unas trescientas manos por lo menos, y como el agua no abunda en la isla, pocas veces pude lavarlas para almorzar. El leproulario, pues, me intimidaba, sobre todo, por los horrores que tendría que contemplar. Llegamos a un jardín y a un hermoso pabellón de las monjitas. Todo limpio y alegre. De pronto, entre conversaciones y preguntas, cruzamos por la puerta de un cerco que separaba dos jardines, nos encontramos frente a una casita con corredor, y unos muchachos sonrientes que ahí nos esperaban. Conversé alegremente con ellos, les regalé mi musiquita de boca, y alguien habló de una fotografía, con lo que se hizo un grupo, y yo, al medio, afirmé mi brazo sobre el vecino.

Solo entonces me di cuenta de que me estaba fotografiando en medio de los leprosos. Ni una llaga, ni una mancha, nada. Gente como cualquiera, sin mayor tragedia, ni chi-chí. Los incurables eran sólo dos, y estaban en otra casita, abajo [...] No obstante, la situación de esos muchachos y muchachas es triste, a pesar de que “Los Amigos de Pascua”, de Valparaíso, han hecho maravillas, procurándoles, por fin, unos pabellones bastante confortables [...] Les hace falta una mayor libertad “moral”. Muchos desean casarse con leprosas, y ... naturalmente... Como sea, no me dieron la impresión de estar desesperados. Les prometí un taller de zapatería y otro de hojalatería. Necesitan de una ocupación; lo peor en ellos es el ocio. Muchos han sanado y se han reintegrado en la vida familiar. Nuestro guía, en la excursión que veremos en el próximo artículo, era un leproso ex... Y yo le di mi mano desnuda, como lo he tenido que hacer con tantos. *De hecho, la lepra ha sido un pretexto para mantener a Pascua aislada.* No constituye ningún peligro.

Esta descripción borra y desmiente el fantasma creado en torno a la lepra y es a la vez una crítica velada (no explícita quiénes lo levantaron), pero decidora de una situación: el leproso no tenía sentido porque la enfermedad no era peligrosa y ya estaba controlada. Al mismo tiempo rebela el sufrimiento de quienes estaban confinados, su angustia y desesperación. El escritor viajero construye el leproso como metáfora de la opresión política y el encierro de los pascuenses, y al mismo tiempo agregará, como siempre, una perspectiva mística y una reflexión universal:

Cuando partimos, y descendíamos por los jardines, se alzó un coro maravilloso en la lejanía: eran mis amigos leprosos que nos despedían desde el corredor con sus melodiosos himnos pascuenses. Por no dar espectáculo no corrí y fui a abrazarlos a todos y a cada uno de ellos. ¡Ah, cuánta felicidad hay en haberse liberado de los mitos que por siglos han hecho a la humanidad desventurada e inhumana! ¿Para qué, si de algo hemos de morir todos?

EL LLANTO DEL PRISIONERO Y LA MIMOSIDAD DEL AMOR Y EL SEXO

Su penúltima crónica la titula “Coros y danzas en el centro del Pacífico”, abordando la narración de su otra experiencia mística en la misa dominical, y los bailes de las niñas de la escuela. El escritor viajero y el enmascarado se asomarán en estas dos miradas, que revelan en medio del éxtasis de los cantos religiosos, y en el acto “folklórico” de las niñas, la represión de que son objeto los isleños. Serán dos escenas donde nuevamente el protagonista es el cuerpo y la emoción del observador, sus sentimientos invaden, de manera casi cursi, el relato. La misa es descrita así:

Comenzó la misa, repetida en perfecto latín por los pascuenses. Pasado el introito, se sintió sorpresivamente, del lado de las mujeres, un canto como un grito, de timbre metálico, trompeteante, que se elevó marcando la melodía y el ritmo. De inmediato, otras voces le respondieron del lado de los hombres, y a éstas se agregaron por turno nuevos ramilletes sonoros, en segunda y tercera voz, que se fueron uniendo en la atmósfera sacra como plantas maravillosas que fueran naciendo aquí y acullá, a la vista de los que contemplábamos tan inusitado espectáculo. Y aquello adquirió un ritmo tierno y melodioso; un andante desesperado, a la vez que alegre y multicolor, que jamás oído humano había escuchado en parte alguna. Cantaban con convicción, casi con provocación, con una fe abarcadora que lo iba cubriendo todo y sumergiéndolo bajo un manto sonoro, estrepitoso, pero tan afinado y preciso, a la vez que ingenuo y admirable, que resultaba difícil seguir la misa y, sobre todo, conservar la serenidad y la presión de las lágrimas, que pujaban por asomar a nuestros ojos e invadir nuestro ánimo.

En la elevación, callaron; pero no tardó en elevarse otro tallo sonoro, y toda la floración con su inmenso follaje volvió a aparecer en nuevas melodías, impregnadas de nostalgia, como un llanto de la soledad y del aislamiento, ofrecido no tanto a Dios, sino a nosotros, los capaces de salir, de deambular por el mundo... fue por esto que ahí mismo juré poner todo mi esfuerzo y amor para que esa pobre gente pudiera salir y entrar en su isla, y conocer libremente su patria lejana, como hombres completos, íntegros, como legítimos ciudadanos chilenos que son.

La lectura política es evidente, tras los coros estaba el “llanto del prisionero” y la misión secreta, enmascarada que lo lleva a “jurar” ayudar a la “pobre gente” a convertirse en ciudadanos. Los vaivenes ideológicos del viajero son claros: él puede, desde su misión, liberar a los pascuenses de la subyugación chilena, y específicamente de la Armada, como veremos más adelante. Luego, abordará la temática de las “púberes” de la escuela que bailan para los viajeros del *Pinto*, escolares a cargo de las “inmaculadas monjitas”. Leído desde hoy día podría ser interpretada como una mirada pédofila, un deleite de la “tercera edad” ante las pequeñas rapanui, las “inocentes”; sin embargo, creemos que se ajusta más bien al imaginario de género y sexualidad de la isla en tanto forma parte de la eroticidad polinésica y de la colonialidad de género construida en torno a ella. El escritor viajero se devanea acá entre la postura del turista (que consume folklore) y el voyerismo de lo exótico, dentro de una estrategia de valoración de los nativos, ahora como una “gran raza y tradición” (en contraste, como sostiene, con la música africana y también con la cueca nuestra). Las danzas organizadas por las monjitas, a pesar de las censuras:

[...] nos conmovieron hasta el frenesí del entusiasmo, y esto por la sola magia de los ritmos. Hace algunos años escribí y describí [...] el efecto sorprendente de un tam-tam que tuve la ocasión de contemplar en el Senegal, en África... Acá se observaba algo muy diferente: dulzura y alegría ingenuas, pero efectivas y eficientes, con la elegancia de la naturaleza y la licencia propia de las almas inocentes, que en nada ven cosa reprochable... pero no se me ocultaba la deformación que el buen espíritu de las monjitas había impreso a todo aquello. Por lo pronto, las muchachas estaban vestidas con sus trajes de calle. Nada del hermoso y ondulado vestido de plumas, ni la corona de flores, ni las pulseras, menos todavía... la edad. Sí, la edad, tal como suena. Porque una danza primitiva –toda danza– es un producto del “temperamento”. Esas niñas impúberes, mimando el amor y el sexo, eran como una poesía recitada en una lengua extranjera por quien no la comprende. Se habría necesitado de mujeres, y también hombres (la verdadera danza pascuense requiere de la una y del otro). Las monjitas naturalmente, combinaron todo aquello *ad usum delphini*...

Si la misa transportó al viajero a la realidad de la isla como prisión, los bailes serán su espejo cóncavo: el tópico de la elegancia y de la inocencia se reiterarán para construir una alteridad alejada de lo que el sentido común tenía como imagen de lo “primitivo” o “indígena”, capturando con ese motivo la lectura del viaje, sexualizando la representación de la isla, colonizando de ese modo el territorio Rapa Nui con su escritura. Las pequeñas rapanui que “miman el amor y el sexo” serán la contracara de la carcelaria vida de su pueblo. Todo parece indicar que la felicidad abunda e inunda el “edén” de amor y sexo, de placer. Encierro, negación de la ciudadanía/cuerpos deseantes y deseados es el perverso corolario del colonialismo a la chilena que denuncia Benjamín Subercaseaux sin poder él mismo salir de esa oposición. La resistencia isleña, en la mirada del viajero, pareciera radicar en su sexualidad vivida a pesar de las monjas y del cura Englert, no de la capacidad de agencia política que los rapanui venían realizando desde comienzos del siglo XX. Los bailes de las niñas “impúberes” extasiaron de tal manera al escritor viajero que mientras comía con las “monjitas” su mente estaba “toda embriagada de ritmos, recuerdos y melodías. De la nostalgia anticipada, también, de no volver a ver nunca más semejante maravilla”.



Benjamín Subercaseaux en Rano Raraku (*Zig-Zag*, 1954, 29 de marzo).

EN MI PECHO ESCONDIDA LA VERDAD DE TODO AQUELLO

En su última columna, “Adiós Pascua”, el viajero desemboza algunas de las máscaras con que ha emprendido la escritura de su periplo en Rapa Nui, se asume en su doble antifaz cuando dice que los ocho días de recalada ya terminan “y el funcionario estaba todo entero concentrado en sus obligaciones, sin darle tiempo al escritor para visitar Rapa-Nui”; funcionario y escritor por fin podrán descubrir su rostro, pero lo harán para dar paso a otras identidades como la del ensayista-científico, la del “informante” secreto gubernamental y la del turista. Este último es el hablante de Anakena:

Pero volvamos a la playa. Esta es de arena finísima, como decíamos, ligeramente rosada por los restos microscópica de corales triturados. El mar es ahí policromo, verde claro, con zonas azul interno y violeta; “muy tecnicolor”. Dentro, me han dicho (yo no tuve tiempo de hacerlo, además venía saliendo de mi Cocongo, con fuerte fiebre, por lo que no era aconsejable bañarse), se observan cosas extrañas, por poco que metamos la cabeza dentro del agua. Parece que se descubren pequeños cavernas rosadas de coral, entre las que circulaban unos peces blanquecinos con rayas verdes; otros rojos o azules.

Y el “hombre de ciencia” es el que prima en la descripción de la visita al Rano Raraku y sus moai:



Benjamín Subercaseaux con el padre Sebastián Englert (*Zig-Zag*, 1954, 13 de marzo).

[...] ¡oh poder de la fotografía y del cine, que nos han acostumbrado demasiado a contemplar ciertos sitios célebres!: pues... no sentí la menor emoción. Ni me parecieron tan grandes, ni los encontré enigmáticos, ni miraban al mar con mirada de eternidad, ni eran hermosos ni variados; porque parecían haber sido hechos en serie, sin un rasgo –fuera del tamaño– que pudiera distinguirlos unos de otros. Además estaban numerados con cifras de pintura blanca, como las piezas de un museo. Lo que me impresionó, si fueron aquellas estatuas sin terminar... Los arqueólogos, que son obtusos por definición, no aceptan lo que dijimos en nuestra *Loca Geografía* respecto a la causa de todo aquellos. Creen posible que esos tres mil hombres, que debieron de ser necesarios para arrastrar esa moles, hayan podido vivir siempre en la Isla, siendo que ella es pobre en cultivos, y que entonces lo era mucho más. No comprenden ni quieren comprender que Pascua debió ser una isla sagrada y sepulcral.

Así, el escritor viajero cede el paso al especialista, al conocedor que no se inmuta ante la piedra como sí lo hizo con los cuerpos vivos de los Pascuenses, evidentemente nada era sorpresa para quien tenía no solo saberes sino hipótesis sobre el “misterio” de las estatuas que habían llenado libros (“atiborrado” como dijo en su primera crónica). Y aquí surge un sentimiento de rabia tan grande por la “estulticia humana” que “patea” al “comprobar lo grave que es ser hombre de ciencia sin ser escritor ni tener un atisbo de imaginación, que no solo es fantasía, sino también previsión. Monté, pues, sobre un moái de éstos, e irrespetuosamente, me hice fotografiar sentado sobre su frente, con los pies sobre la nariz”. Un acto de rebeldía, de desacralización, una pelea con los discursos dominantes de la ciencia y por qué no decirlo, de arrogancia de alguien que se sabe poseedor de una “verdad” y una duplicidad que lo sitúa en otro lugar, la de escritor-científico. Pero, también asomará el escritor-funcionario realizando una reflexión, a pocas horas de abordar el barco de regreso, la más política de todas y ligada directamente a la misión por la que fue enviado por el Ministerio de Interior: el destino de Isla de Pascua. Su postura es única y la más “indigenista”, distanciándose de todo lo sostenido en el debate abierto desde 1947 respecto de la valoración agrícola de la Isla (potencial abastecedora de plátanos, piñas y café a Chile), proponiendo el desarrollo del turismo; también alejándose de la Armada al plantear a Rapa Nui como una “avanzada aérea en el Pacífico”; también de aquellos que le negaban a los isleños sus derechos “ciudadanos” y sobre todo que desconocían su condición de pueblo que había pactado con Chile:

El regreso lo ocupé en meditar: ¿qué utilidad podría tener todo esto para Chile? Hasta ahora: sólo desprestigio internacional por razones que no es del caso hacer pública. Luego, gastos, torpezas e injusticias. O sea, “actitud chilena” ¡Que le vamos a hacer, pero es así! La verdad es que ocupar esa isla en cultivos agrícolas o ganaderos es como sembrar trigo entre el Cairo y las Pirámides. *Pascua es una mina turística, o no es nada.* Es también un lugar estratégico, *no naval*, pues no tiene bahías, y sus fondos pétreos son pésimos tenederos para cualquier unidad de valor combativo, destacado ahí en permanencia. Pascua es una avanzada aérea en el Pacífico; hecho que se combina admirablemente con el turismo de que hablábamos. Somos dueños de uno de los mayores misterios arqueológicos del mundo y estamos pensando criar ovejas y cultivar bananeros y piñas, para traerlos en un barco que gasta cien mil pesos diarios durante una navegación de nueve o más días. Y esto, a costa de la libertad y decencia del habitante, el cual podría vivir perfectamente si le entregáramos todos los terrenos cultivables de la isla y no el 10% de estos terrenos, como hacemos actualmente y de los peores. Parecemos olvidar que esta posesión es nuestra, no tanto debido a la compra de unos títulos falseados (ya que ellos se basaron en viejas rapiñas) como por un verdadero *tratado internacional*, donde los legítimos habitantes

consintieron de mutuo acuerdo una anexión de un pueblo libre para unirse a otro pueblo libre. Es la única actitud decente, y que deja al pascuense en su verdadera posición de dueño de la tierra, en lo que se refiere a sus dominios particulares. Nada de esto sería incompatible con el turismo. Al contrario: esto favorecería tanto a Chile como al pascuense. Y el mundo entero podría decir entonces que en Chile existe REALMENTE la civilización.

Esta no es solo la voz del escritor viajero, ni la del funcionario, ni la del hombre de ciencia, es la de quien posee una misión que va más allá de la mera observación, es la de alguien que debe persuadir a unos interlocutores que están no solo en la opinión pública si no en puestos claves del poder. La colonialidad de su discurso, sin embargo, se lee en la idea del provecho que Rapa Nui puede tener para Chile si se lo explota como “mina turística” en una metáfora extractiva que se une con la “apropiación “ aérea”, ¿cambiar el poder de la Armada por el de la Aviación? El matiz de este discurso está dado por la hebra de la ciudadanía pascuense y de su posesión de la tierra, no por su soberanía evidentemente.

Por último, ahora en sus múltiples narrativas el viajero abandona la isla, con emoción y dolor al ver “...lanchones repletos de buena gente inocente y sonriente, que nos hacía señales de despedida con sus brazos y pañuelos, sentí que se me partía el alma; a mí, que llevaba en mi pecho, escondida, la verdad de todo aquello”; y ya zarpado retorna a su máscara inicial: “Alguien quiso establecer en ese momento una conversación conmigo. No le respondí; oculté mi cara lo mejor que pude, y bajé a mi entrepuente sofocante, para no olvidar que tendría que acostumbrarme nuevamente a mi infierno particular”.

El escritor viajero establece entonces la posesión de una verdad, de un secreto que nadie sabe; por ello debe ocultar su cara y no dialogar, enmascararse. ¿Estaba la verdad de aquello presta a ser escrita en el Informe Confidencial al Ministro del Interior?

III. “MONOS Y PERLAS”. EL INFORME ESTRICTAMENTE CONFIDENCIAL DEL VIAJERO ENMASCARADO

Como nos enteramos por las crónicas, Benjamín Subercaseaux viajó en una misión gubernamental a Rapa Nui. Fue nombrado, el 9 de octubre de 1953, por el Ministerio del Interior como “Inspector-Visitador de Intendencias y Gobernaciones” e “Investigador del Problema Indígena”¹² y para cumplir con esta designación debía trasladarse a la isla en enero de 1954.

¹² Orden Ministerial N° 20, de fecha 9 de Octubre de 1953 (en Archivo Nacional, Ministerio del Interior, Vol. 15.179).

El Mercurio, en octubre de 1953, informó que a mediados de diciembre zarparía desde Valparaíso, rumbo a Isla de Pascua, el buque escuela *Presidente Pinto*, en el que “viajará un grupo de funcionarios que se hará cargo de la posesión de la Isla por cuenta del Estado, ya que a fines de este mes termina la concesión otorgada a la Sociedad Explotadora de Rapa Nui”. En esta emblemática travesía, como dijimos, se embarcará nuestro escritor-viajero en su reservada misión.

Previo a la escritura de su informe y de su visita, Benjamín Subercaseaux escribió una carta al Ministro del Interior indicando su rechazo a que la Isla continuara bajo la jurisdicción de la Armada, y denunciando la condición de sus habitantes al margen de

[...] todos los privilegios y garantías que les confiere la constitución de la República sobre todo el inciso 15 del Art. 10, en lo que dice permanencia y traslado del ciudadano que, libremente desea circular por el territorio nacional; y también los Arts. 11 y 12 referentes a la Justicia. La que jamás ha sido ejercida en Pascua por otro medio que el reclamo ante el Jefe Militar de la Isla, al margen de todos los códigos civiles.

En su misiva añadía que como había terminado la concesión comercial, y teniendo el gobierno las riendas,

[...] NO SE JUSTIFICA EN MANERA ALGUNA que el gobierno de ella sea entregado a la Subsecretaría de Marina, sobrando ahora los medios de comunicación, no estando la isla comprometida con ninguna firma extranjera, y habiendo enviado el Ejército una comisión de oficiales para iniciar el Servicio Militar entre los pascuenses [...].

Para el escritor, la incorporación de los rapanui a la nación se materializaría en cumplir esos deberes y obtener los derechos correspondientes. Por último, abría las puertas a la correcta interpretación del Tratado de 1888:

[...] si nos atenemos al hecho que los nativos de esta Isla libremente firmaron en conjunto con sus jefes un documento fechado en Rapanui, el 9 de Septiembre de 1888, en el que cedían generosa y patrióticamente sus derechos en favor del Gobierno de Chile, el cual desde entonces y hasta ahora –por razones que no son de mi competencia– los ha mantenido en una semi esclavitud.

El *Presidente Pinto* zarpó el 8 de enero de 1954, al mando del capitán de navío Alberto Kahn Wiegand (ex director de la Escuela Naval). Entre los pasajeros que viajaban junto a Benjamín Subercaseaux estaban el presidente de la Sociedad de Amigos de la Isla de Pascua de Valparaíso, Humberto Molina Luco, el senador socialista

Raúl Ampuero Díaz (en calidad de miembro del Consejo de Defensa del Estado¹³), el comandante Roberto Parragué y una delegación de cuatro miembros del Ejército, al mando del capitán Mario Salvago, que debía implementar el Servicio Militar del Trabajo en la Isla. Iba también Orlando Marshall Rojas, de la Dirección General del Trabajo; Exequiel del Solar, Director General del Servicio Nacional de Bienestar y Auxilio Social; el destacado médico Ottmar Wilhelm, de la Universidad de Concepción; el Sr. Julliet, técnico en Aguas Subterráneas; los escritores Blanca Luz Brum, Juan Marín (ex médico de la Armada y diplomático) y Marcos Llona; el antropólogo de la Universidad de Chile Gustavo Peña y una delegación del Ministerio de Educación (entre ellos el fotógrafo Miller). El zarpe fue acompañado por la banda del Regimiento de Caballería Coraceros, que interpretó “el Himno Patrio como un significativo saludo para los militares que permanecerán dos años en la lejana isla chilena”¹⁴.

El escritor viajero, apenas regresó, envió su Informe, “estrictamente confidencial”, al Ministro del Interior, fechado el 12 de febrero de 1954. Es interesante señalar que su primera crónica aparece el 13 de febrero y la última el 20 de marzo, lo que nos hace pensar en el diálogo y complemento de ambas escrituras. El informe consta de 10 páginas de oficio a un espacio (6200 palabras) y aborda los acápites de Casas; Vestuario; Medios de Vida; Aspecto físico; Cultura; Instrucción, más unas largas “Conclusiones”¹⁵.

EL BREVE GIRO SOBRE LAS COSAS O LAS VERDADES PARCIALES DEL ESCRITOR VIAJERO

En su interlocución con el Estado Benjamín Subercaseaux abandona la imagen idílica del “otro” y evidencia su precariedad:

Observé, también, una gran carencia de catres y colchones. Hay familias hasta de quince personas con sólo cuatro catres. Duermen de a dos, en camas estrechas, y los demás en el suelo, sobre esteras en fibra de plátano o totora de Rano-Kao. Se quejan de que no les entregan lana suficiente para los colchones y de que las esteras son muy frías en invierno. (A ellos les está prohibido criar ovejas,

¹³ Por primera vez viajaba un Senador a la Isla. En 1943 lo hizo el diputado Raúl Marín Balmaceda y en 1950 los diputados Humberto Yáñez Velasco y Guillermo Rivera Bustos. Entre 1928 y 1932 hubo destacados políticos miembros de la élite relegados: los hermanos Grove, Elías Laferte, Andrés Escobar, Manuel Hidalgo, Eduardo Alessandri Rodríguez, Carlos Millán Iriarte, Carlos Charlin Ojeda, etc.

¹⁴ *La Nación*, 7 de enero de 1954.

¹⁵ El Informe se encuentra en el Archivo General Histórico, Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile, Volumen: “Intereses de Chile el Pacífico Pascua, Rutas Aéreas, II, 1955-57”.

para que estas no se confundan con las de la explotación ganadera.) También comprobé gran escasez de frazadas.

Después de visitar unas treinta casas, solo encuentra una seis “pobres, despin-tadas, insalubres y descuidadas”, responsabilizando a la Compañía, pues no todos los pascuenses encuentran trabajo allí y sus terrenos no alcanzan para el sustento: “Me inclino a aceptar esta última explicación, porque el pascuense no es flojo cuando realmente necesita vivir. No aprecia, en cambio, el trabajo en sí, cuando ya posee lo necesario para su bienestar; proceder que me parece muy humano y universal”. Desde estas afirmaciones el viajero-funcionario, define el *ethos* rapanui: se trabaja solo si es necesario, es decir se trata de una cultura “humana” que va contra la lógica del capitalismo y el colonialismo. Del mismo modo, la reproducción económica de los isleños será objeto de la misma crítica a la Compañía (ahora de la Armada), constata que solo algunos viven de un sueldo como empleados de la Empresa y que se procuran parte de su alimentación con los trabajos de sus huertos y parcelas, empero: “Los terrenos que poseen los nativos, sea en torno de sus casas, sea en parcelas más alejadas, son exiguos y los peores de la Isla. Se me ha dicho que no constituyen sino el 10% de los terrenos cultivables que hay en ella”. Asimismo llama la atención sobre los cultivos donde priman los plátanos y el maíz, este último inexportable por la peste del gorgojo sin que se hayan tomado medidas, considerando que este alimento era clave en la dieta, acusando que “Las comisiones técnicas van cada año allá y se suceden, sin que se vea prácticamente el resultado de su labor”.

El imaginario del cuerpo es similar al que construyó en sus crónicas: su “aspecto físico... es estéticamente superior al chileno medio. Es musculoso, sano, aunque ligeramente enflaquecido y la delgadez será producto de la escasez de alimentos”. Más adelante, testimonia: “De nada nos sirve tener buenas casas –me dijo una madre de familia– dentro de ellas casi no hay qué comer”. El informe del viajero-funcionario relata que desde hacía dos meses no había azúcar, ni harina, y recuerda que, en 1947, Manuel Banderas registró que: “Nos manifestaron (los nativos) que estaban sin harina, lo que significaba ausencia total de pan, y de esto hacía mucho tiempo. Tampoco tenían azúcar” (*La Esclavitud en Pascua* 20). Curiosa coincidencia que vuelve a repetirse siete años más tarde”. Las contradicciones que observa en el vestuario es que los isleños llevan ropas limpias en los días de fiesta, pero no pueden hacerlo siempre pues en la pulpería “no existen estas prendas ni podría adquirirlas el nativo al precio que se venden en el continente, dado su escaso poder adquisitivo”.

La valoración que hace de la cultura es alta y desde la perspectiva “racial”: “Los isleños constituyen una raza franca, abierta, cariñosa y generosa [...] Sus sentimientos, trato y cortesía, son naturalmente elevados y no sabría callarlo-superiores (sic) a los del continente. Tienen una gran rapidez mental y un gran don de imitación y

adaptación”¹⁶. Nuevamente coloca aquí la oposición continente, chileno/isla, pascuense otorgando superioridad a los últimos. Dentro de este ámbito, la sexualidad, como parte relevante de esa cultura, será abordada para persuadir de su sentido diferencial y su incompreensión desde los conceptos conservadores de la Armada. La apreciación de Benjamín Subercaseaux sobre esta materia ya estuvo presente en sus obras¹⁷, como vimos, en las crónicas. En el informe asume una visión crítica hacia la colonialidad de género cuando sostiene que la sexualidad: “[...] es bastante libre, pero en modo alguno licenciosa... el sexo no está en el plano pecaminoso en que lo ha colocado nuestra civilización cristiana, por lo que no los afecta en su inocencia ni en la limpieza de sus intenciones”. Añadiendo una cuestión crucial en el vínculo de los rapanui con los *tangatahiva* (extranjeros): “...ellos obedecen a su imperativo biológico que los incita a renovar su sangre, cansada por las continuas uniones consanguíneas” (énfasis del autor).

Desde allí advierte de la “moralina” de la Armada:

Todo lo que se diga en relación a la “inmoralidad” del pascuense (ampliamente explotado en los ambientes navales) es francamente calumnioso, torpe, y con gran desconocimiento de estos mecanismos psico-biológicos. Los pascuenses son muy delicados en este aspecto, y su conducta sexual revista gran dignidad y respeto.

Por último, su abordaje a la “instrucción” sitúa a Benjamín Subercaseaux como un pionero de lo que hoy se entiende como “educación intercultural bilingüe”. Hará énfasis en la necesidad que la enseñanza sea en la lengua, y más aún “Sería conveniente dejar establecido que en Pascua el idioma oficial deberá ser bilingüe, y que en ningún caso se debería imponer un tipo de chilenidad que suponga la extinción de la lengua nativa”. El viajero-funcionario explicará el vínculo indisoluble entre lengua y tradición y que si se desea conservar la “raza” rapanui se debe preservar su lengua.

¹⁶ En *Tierra de Océano* contrasta al hombre americano con el polinésico: “No encontramos en el primitivo hombre de América (salvo en caso único y ya cercano de los Aztecas, Incas y Atacameños) al polinésico industrial, rápido y ardiente en su misión de navegar la tierra” (25).

¹⁷ Teniendo presente además cómo en nuestro imaginario esa dimensión de los polinesios está presente. En *Tierra de Océano* nos dice: “bailaban con gracia y malicia sus danzas armoniosas y lascivas y se amaban perdidamente, coronados de flores, orgullosos de sus lides deportivas que les moldeaba un cuerpo admirable cubierto por una piel bronceada y pulida como la madera de la teka de sus piraguas veloces” (63).

LA ANORMALIDAD ADMINISTRATIVA DE LA ARMADA

En la escritura de los acápite del informe, apreciamos que los enjuiciamientos abordan algunos tópicos de las crónicas, pero sobre todo comienzan a delinear lo que será la actitud “verdaderamente” crítica contenida en las conclusiones: sin tapujos la Armada será el blanco de su ocupación, tanto que llevó a calificar este texto como “estrictamente confidencial”. Está convencido, además, que el proyecto de la Armada afectaría profundamente el modo de vida de los rapanui:

Ella es demasiado pequeña, pobre y sin recursos, para que puede llevarse a cabo una explotación agrícola, ganadera o industrial, *SIN QUE ESTAS AFECTEN PROFUNDAMENTE AL HABITANTE EN SUS MEDIOS DE VIDA, EN SU PODER COMPRADOR, EN SU MORAL, CULTURA Y DERECHOS CIUDADANOS* (énfasis del autor).

Se trata de un dilema entre dos alternativas, una que sacrifica al rapanui en aras de una entidad mayor (la Armada), la otra que coloca a la isla al servicio de sus habitantes:

[...] o se utiliza la isla para que esta produzca riquezas, sacrificando al habitante; o se le entrega al nativo para que este se baste a sí mismo, por medio de una cooperativa dirigida por el Estado. Todo cálculo hecho en vista de explotar comercialmente la Isla –en otro provecho que el del pascuense mismo– lleva *necesariamente* a una bonificación de pulpería, u otras, que rebajan moralmente las condiciones de dignidad o iniciativa del aborígen; sin contar con que, comercialmente, cualquiera empresa tendrá que valerse de una mano de obra extremadamente reducida en sus salarios, si quiere obtener un beneficio. Y aun así, los fletes consumirán gran parte de la ganancia efectiva. La Armada no incluye –que yo sepa– estos fletes y costos en su empresa...

Si mira con ojos de reproche el ámbito de la soberanía económica, más lo hará con el de la política dado el régimen semi-esclavista donde la comunidad es puesta al servicio de una Compañía que la explota con el beneplácito de la Armada:

Es claro, pues, como el día que todos los abusos sobre salarios, todas las privaciones de derechos cívicos impuestos al habitante, y en general, todo el estado de anormalidad administrativa mantenido por la armada desde hace mas de cuarenta años sobre este trozo de territorio nacional y sobre los legítimos ciudadanos chilenos que lo habitan, no se sostiene en otras razones que la imposibilidad de obtener un beneficio comercial de esta isla, si el proceder fuera otro. He conseguido comprobar, personalmente y de visu, cómo la mayor parte de las actitudes de la Marina, que analizaré más adelante y en detalle, no llevan otro fin que el de mantener un statu-quo indispensable para el buen éxito

del negocio. Ignoro –y no es de mi competencia– explicar las razones por las cuales la Marina mantuvo igual proceder cuando los negocios de la Isla estaban en manos de empresas privadas (énfasis del autor).

Sin duda esta es la “verdad de todo aquello” que el viajero múltiple llevó escondida en su máscara: las acusaciones contra la Armada como principal agente de colonización, es decir, de explotación de la isla, algo que no podía abordar en sus crónicas y que llevaba ocultos en su pecho y su rostro. Sin duda, ayer como hoy arremeter públicamente contra un poder de las fuerzas armadas no es fácil, pero la “misión” del escritor es decir la “verdad” de lo que vio, de lo que supo y palpó de primera mano en su papel de funcionario (republicano) del Estado; ya no estamos frente a la construcción colonial “políticamente correcta” del discurso sobre Pascua en la prensa:

[...] la Marina de Chile ha recurrido y está recurriendo a todos los procederes a su alcance para que se mantenga a esta lejana posesión chilena fuera del dominio de nuestras leyes y del Gobierno Interior que exige la Constitución política de la República. Más aun, fuera del alcance de las miradas indiscretas, tanto de los funcionarios enviados por el Gobierno como de los técnicos de los diversos ministerios, que pudieran comprometer el absoluto dominio y proceder que la Armada ha instaurado para el mejor provecho y beneficio de la misión que el propio Gobierno le ha confiado en el Decreto Ley 1.731, de fecha 7 de Septiembre de 1953.

Es en este momento cuando las “conclusiones” del informe del viajero enmascarado se convierten en uno de los testimonios más potentes de su estadía y en un incisivo reproche a las prácticas coloniales de la Armada experimentadas personalmente:

En todo momento, y en cada oportunidad, pude observar una suerte de hostilidad de la Armada hacia los pascuenses, sea en mi trato con los oficiales, sea en conversaciones con el propio Comandante Kahn, el cual se demostró francamente racista, anti-judío y totalitario en sus procederes e ideas, declarando mitad en broma mitad en serio, que lo mejor para la Isla sería el aniquilamiento de esta raza y la supresión radical de los leprosos; lo que a mi juicio es chocante expresar, aun en broma, y dicho por persona revestida de semejante cargo. Trataba de “monos” y “perlas”, refiriéndose a los pascuenses, y dando a entender que toda labor en bien de ellos (misión de la mayoría de los civiles que iban en el barco, y a los cuales calificaba de “turistas”) era inútil y sin proporción con la miseria que reinaba en el continente, por lo que nuestra labor estorbaba y no merecía sino la indiferencia de la Marina. Actitud, esta, no sólo inhumana sino

descortés para con todos nosotros, y de la cual fue testigo en repetidas ocasiones el Sr. Senador don Raúl Ampuero.¹⁸

Por otro lado, su ojo, como un escalpelo, relata y analiza las perversidades de la política colonialista de la Armada en la captura de los dos poderes locales de la isla y su transformación en colaboradores. El primero, el “alcalde” rapanui Pedro Atán y sus “consejeros”; el segundo, la Iglesia y su pastor Sebastián Englert, un blanco intocado por el reconocimiento, nacional e internacional, a su obra su obra etnológica¹⁹. De ese modo narra:

[...] pude comprobar cómo el “Alcalde” de la Isla, un nativo de nombre Pedro Atán, es un traidor a su raza y un hombre puesto incondicionalmente al servicio de los intereses de la Armada. Invitado a almorzar en la cámara del Comandante del *Transporte Pinto*, el día de nuestro fondeo en Hanga-Piko, se explayó en alabanzas fuera de toda medida y que bordeaban el ridículo, sobre las bondades de nuestra Marina, recitándonos todo aquello como una lección aprendida de memoria. Hasta el punto que el propio senador D. Raúl Ampuero, ahí presente, comentó conmigo este hecho que recordaba extrañamente a los gobiernos títeres de la órbita soviética. Demás estaría agregar que el “Alcalde” Atán, no me visitó durante mi permanencia en la Gobernación de la Isla ni me dirigió la palabra en la calle. Caso curioso, pues no ignoraba mi representación del Gobierno ni podía saber, por otro conducto que el de la Marina, cuál era mi temperamento respecto al porvenir de Pascua.

El “Alcalde” Atán es allá un hombre acaudalado, que vive en una casa mejor que las otras, y cuya única ocupación es de la de tallar en madera objetos que vende o regala a los marinos. Además, él dirige una policía creada por la Marina, compuesta de cinco

¹⁸ El senador Raúl Ampuero compartía con Benjamín Subercaseaux la urgencia de que la Isla quedara jurídicamente bajo la tutela del Ministerio del Interior: “La situación no ha cambiado para los pascuenses con la partida de la Compañía Explotadora y la llegada de la Marina. Es un fundo que cambió de dueño [...] Fuera de algunos reglamentos dictados por la Marina, el pascuense vive al margen de los Códigos Civil, Penal y del Trabajo. Es la única parte del territorio chileno, donde los habitantes, incluso los continentales que viajan allá, pierden todas las garantías constitucionales. No existe libertad para moverse de un punto a otro, no existe libertad de informaciones y de noticias (las comunicaciones están sometidas a la censura del capitán de fragata, jefe militar de la isla). Los isleños no tienen derechos políticos, aunque se les reconozca en teoría como una subdelegación de Valparaíso” (declaraciones en la revista *Ercilla*, 9 de febrero de 1954).

¹⁹ Su obra más emblemática es *La tierra de Hotu Matu'a. Historia, etnología y lengua de la Isla de Pascua*. Padre Las Casas: Imprenta y Editorial San Francisco, 1948.

hombres uniformados de mameluco blanco, con el distintivo “POLICÍA”, totalmente al margen de las leyes, y mal pagada por añadidura, pues uno de ellos se quejó de los \$250.- que recibe de sueldo, y que según él no le alcanza para vivir con los suyos.

Benjamín Subercaseaux es sensible a los “servilismos” de algunos rapanui, pero quizás esta visión sobre Atán se habría modificado si hubiera hurgado en la capacidad de agencia de la comunidad isleña, algo que ni en su informe ni en sus crónicas aparece. Sabemos que hubo políticas de resistencia de la comunidad al colonialismo republicano que permitieron la construcción de su “jardín del Edén”, pero el escritor viajero es “hijo de su época” y de la visión paternalista del “otro” como víctima²⁰. Sin duda, su propuesta y la del senador Ampuero –poner fin a la tutela de Armada a través de la creación de un gobierno civil y formar una cooperativa rapanui para administrar sus tierras– era una cuestión que requería una negociación más fina y de más largo plazo:

[...] habiendo concertado con los jefes pascuenses (El Consejo) una reunión en conjunto con el Señor Senador Ampuero, a fin de conocer las necesidades y el pensamiento de los isleños, costó mucho para que a esta reunión no asistiera el Sr. comandante del *Pinto*, Capitán de Navío, D. Alberto Kahn, el cual terminó delegando su presencia en el Capitán-Gobernador de la Isla, Sr. Salazar. Como el Señor Senador insistiera con firmeza que él deseaba una reunión a solas con los pascuenses, terminó por ceder el Gobernador, enviando sí, al Alcalde Atán. Durante la reunión el sr. Senador tomó la palabra (no el suscrito) exponiendo y consultando posibles planes futuros para la Isla, en que esta sería administrada por una cooperativa pascuense. Estos proyectos fueron aprobados con gran entusiasmo por los presentes, sobre todo, mediando el reciente descontento que los nuevos salarios de la Marina habían despertado entre los nativos. No obstante, el día anterior al de nuestro regreso, se acercaron al Señor Senador algunos miembros del Consejo, diciéndole que habían cambiado de parecer, y que mejor sería dejar las cosas como estaban. Lo que comprenderá V.S. nos produjo gran sorpresa y perplejidad.

¿Qué había producido ese cambio de opinión? Será el segundo poder colonial de la isla, la iglesia dominada por el padre Sebastián Englert, quien defendía públicamente la necesidad que la Isla quedara bajo la dependencia de la Armada:

A este claro “gobierno títere” [el de Pedro Atán y su Consejo], pude comprobar que se agregaba una “Iglesia colaboracionista”... el citado misionero recibe un sueldo de la Armada, con grado de Cabo o Sargento, y que él la apoya incon-

²⁰ Una comprensión más adecuada de la “alcaldía” se encuentra en un clásico de la literatura rapanui: *Aku-Aku. El secreto de la Isla de Pascua* (1957) de Thor Heyerdahl, donde Pedro Atán juega un rol central en esa resistencia.

dicionalmente, pues la Marina sirve a sus fines espirituales de aislamiento para sus feligreses, a la vez que su prédica sirve a la Marina en el mantenimiento del viejo statu-quo a que nos referimos.

Es esta iglesia la que reverbera en la descripción mística de los cantos en sus crónicas, explicando la imagen del “grito del prisionero”. Por otro lado, el tópico de la lepra aparecerá en las conclusiones:

[...] ha sido, otro vergonzoso pretexto para mantener el aislamiento de Pascua. El simple hecho de que, a estas alturas, y en comunidad tan reducida, como es la de esos ochocientos habitantes de la Isla, existan todavía algunos casos de lepra, muestra que no ha habido un real interés de parte de la Armada Nacional para extirparla definitivamente. En cambio, hay, un interés grande (escuchamos a bordo del *Pinto* la consabida conferencia terrorista) en mantener el temor de las gentes que pretenden acercarse a la isla y su viejo fantasma bíblico.

La “estricta confidencialidad” del descarnado análisis de la Armada y su rol histórico, así como la “semi-esclavitud” debían quedar en ese ámbito reservado, pues la solución no dependía de él, por un lado, y por el otro porque atacaba con fuerza a un poder incuestionado. Recordemos que en las crónicas nos dice que juró poner su esfuerzo y amor para la libertad y ciudadanía de los rapanui en tanto chilenos; por ello pensamos que su estrategia pública fue la de zigzaguear una crítica frontal al colonialismo, solo extender algunas hebras para que los diversos lectores –los del poder sobre todo, los que también leyeron el informe– se sensibilizaran doblemente ante lo que sucedía en la “lejana posesión”.

El “tupido velo” sobre el papel de la Armada, no solo fue una estrategia pública de Benjamín Subercaseaux; otro viajero del emblemático viaje del *Pinto* en enero de 1945, el senador Ampuero también lo asume cuando en el diario *La Calle* sostiene:

[...] tengo fe que al correr del tiempo, seremos capaces de darles cultura y bienestar, y resolver social y políticamente las reivindicaciones de sus habitantes, y junto con convertir esa preciosa Isla en una estación aérea y marítima de valor comercial y estratégico, exhibirla como muestrario de democracia y libertad, que levante a nuestro país a la categoría de rector moral y de abierto mensaje de liberación a millares de hombres de tantas otras islas, con la esperanza mordida por el coloniaje y la opresión²¹.

²¹ *La Calle*, 11 de febrero de 1954.

Más allá de las semejanzas en la postura de nuestro escritor viajero sobre lo que debía hacerse en Rapa Nui, el silencio sobre la Armada es evidente. El propio Benjamín Subercaseaux en entrevista a la revista *Ercilla*, a pocos días de su regreso, hizo una crítica velada a la Armada, pero inmediatamente se retractó en carta pública: “Me quejé, sí, de algunas incomodidades que sufrió el pasaje y que podrían haber sido subsanadas. Por lo demás, tanto el Gobernador Naval de la Isla, como el Comandante del buque, capitán de navío don Alberto Kahn, tuvieron toda suerte de consideraciones conmigo”²². Nada del racismo de Kahn y de la Armada, que es uno de los puntos fuertes de su Informe. En el foro sobre la Isla organizado por Lautaro Ojeda en la Universidad de Chile, el día 11 de febrero, nuevamente silencia el rol de la Armada y su charla se limita al “Factor Humano en Pascua”. El viajero-funcionario sabe también que las aguas públicas están agitadas luego del regreso del barco y que muchos no opinan lo mismo que él.

El “tupido velo”²³ o “código rojo” (Žižek), es el modo de encarar el papel de la Armada en este singular colonialismo republicano y se formaliza como vínculo de “dependencia asimétrica”. Posiblemente fue el crítico literario Omer Emeth el primero en formularlo, en su prólogo al libro del profesor y exsubdelegado marítimo de Isla de Pascua, José Ignacio Vives:

Perdida, por decirlo así, en las soledades del Océano Pacífico, aislada de Chile, por centenares de leguas, Rapa Nui es, al parecer, el más terrible destierro que pueda uno soñar para su peor enemigo.

Esta fuera de todos los caminos: sólo por una casualidad nacida de alguna desgracia marítima, enderezan las naves su proa hacia ella. Gran milagro es cuando, en un año acérncense a Rapa Nui dos veleros...

Rapa Nui yacería del todo abandonada de los hombres en su lejana soledad, si el Gobierno de Chile no se acordase de ella y no le mandase una vez al año uno de sus buques de guerra encargado de la misión de mostrar a los canacas de la isla la bandera chilena a cuya sombra viven en paz, de proveer de víveres, ropa y demás elementos indispensable a los pocos residentes chilenos, americanos o europeos y de traerles noticias de América y del Viejo Mundo.

Nosotros sabemos que la Armada se “acuerda” de la Isla y manda una nave de guerra anualmente a Rapa Nui para afirmar su soberanía en la “lejana posesión ultramarina” y porque hay una Compañía Explotadora “extranjera”, que la arrendó

²² En *La Nación* el día 12 de febrero y en *Ercilla* el día 16 de febrero.

²³ Término usado por José Donoso en *Casa de campo* y que describe la cultura de la elusión ante los conflictos y el poder.

al Estado de Chile, tensionando y negando el tratado de 1888, y también porque hay una comunidad que se resiste a la expropiación de sus tierras y animales, que no acepta su explotación pasivamente, de allí que esos buques muestran la bandera chilena y se encargan de deportar a sus dirigentes (lo hicieron en 1897, 1902, 1903 y 1914). Esto es lo que denunció en 1903 Luis Ross Mujica y Manuel Vega, y en 1916 monseñor Edwards (algo que Omer Emeth olvida en 1920). El crítico literario muta esa realidad escandalosa en un bálsamo: la generosidad chilena cuando nos dice que Rapa Nui quedaría abandonada si el gobierno no la recuerda. Se liga a ello una práctica implementada desde 1870: la caridad nacional con Pascua. Las colectas públicas pro Pascua fueron una política que se mantuvo hasta la década de 1960. ¡Qué mejor “*alivio!*” que la caridad!

Como se trata de una dependencia asimétrica, los rapanui están en deuda con Chile, y esa generosidad debe terminar y orientarse a otras poblaciones del país. Es la propuesta de Juan Marín, escritor y ex cirujano de la Armada, que viajó junto a Benjamín Subercaseaux. En su artículo del 11 de febrero de 1954 en *El Mercurio*, relató cómo un rapanui no aceptó ser fotografiado si no se le pagaba, bajo el argumento de que

“Ustedes negocian con mi cuerpo, ustedes publican libros que luego venden y ganan dinero con ellos, pero yo nada recibo. Desde hace veinte años ha que me están tomando fotos y yo nunca he ganado nada”. Le dijimos entonces que nosotros, los “continentales” como ellos nos llaman, ejecutábamos una cantidad de actos sin interés utilitario alguno, por el progreso y el bienestar de la Humanidad, que nuestros trabajos eran en parte remunerados y en parte totalmente desinteresados, explicándole en muy breves palabras lo que es la ciencia. A lo cual él respondió con sorna que si así ocurriera de verdad, no andaríamos nosotros vestidos como andamos ni gozaríamos de la vida que gozamos... (esto es) sintomático y profundamente revelador del estado de ánimo que prevalece en ellos con respecto a la lejana patria chilena. Los hemos acostumbrado y educado mal. *A fuerza de regalarles todo y atender hasta sus más caprichosas demandas*, les hemos hecho concebir una falsa relación entre ellos y el Continente. Para ellos, Chile es una especie de gran “Viejo Pascuero”, con su saco de obsequios siempre listo a satisfacer sus pedidos. Hemos estado, en cierta manera, comprando su lealtad a la patria (el énfasis es nuestro).

Por cierto, Marín olvida que la Compañía Explotadora se sustentó gracias al trabajo de los rapanui y que el adelanto de Pascua, el “Edén”, era posible por una institución de trabajo comunitario conocida como “Lunes Fiscal”, que se implementó en 1930 por el comandante del buque-escuela *Baquedano*, Edgardo von Schroeders, y por la cual se construyeron los caminos, las pircas, la reforestación, el aseo semanal de Hanga Roa, etc. Esta crónica de Marín genera un diálogo con Joaquín Edwards Bello, quien en su columna del diario *La Nación* (titulada “Paraíso de Pascua”) la liga

al prólogo de Omer Emeth de 1920. Llamará “agitador” al rapanui que se negó a ser fotografiado si no se le pagaba, asociándolo al anti yanqui del continente:

La actitud del agitador de Pascua es parecida a la actitud del agitador de aquí. Recibimos regalos de Rockefeller, de Danciger, de Marshall y de otros capitalistas norteamericanos. En seguida nos decimos: a mí no la pega, por algo será. Después pasa un grupo de nativos con una banderita de a peso en que se lee: “Abajo los yanquis”. El pascuense es un ser paradisiaco, es el hombre de Rousseau y de Montaigne. Podría cantar el *modinho* bahiano: *Canto canciones en qualquer lugar mais nao me agrada trabalhar*. Cuando se cansa come una banana que toma del árbol. El robo no es un pecado sino un deporte. Cada año desaparecen cientos de corderos del canaca que trabaja. Nadie chista, ni delata. Cuando desaparece algún objeto podemos estar seguros que no lo encontrarán nunca. Son chispeantes y críticos. Se fijan mucho, se observan con humorismo y se ponen motes. A mi me llaman el Diablo Triste. Omer Emeth les retrató bien cuando dijo: “El *farniente* es el fondo de la sociología pascuense, o alma canaca al natural. Pereza, ironía y poesía. El canaco le llamó Vives Solar. Es descendiente directo de aquel padre de familia que al morir recomendó a sus hijos que huyeran a toda costa de todo trabajo entre comidas”. A todos estos hombres felices Chile les trajo ropa, tabaco, zapatos e instrucción. Resultado: callos, dolores de cabeza y agitadores.

Por las denuncias de Ross, Vega y Edwards, y en 1954 por el dispositivo narrativo de Benjamín Subercaseaux, sabemos el lugar de proveniencia de los “callos, dolores de cabeza y agitadores”, y en esto radica su mayor mérito, así como en poner el acento en una propuesta democrática y ciudadana que sólo se hará realidad a partir de 1966.

Uno de los “dolores de cabeza” más fuertes era la amenaza existente en las Naciones Unidas: que el Comité de Descolonización obligara a Chile a descolonizar su “lejana posesión”. Conjeturamos que quizás esta sea la gran razón que guía la narrativa pública de Benjamín Subercaseaux, es decir, evitar dar argumentos a esa postura (y por ello calificó su informe de “estrictamente confidencial”). Recordemos la serie de cartas en *The Washington Post* que ilustra esta amenaza: la primera, del 13 de abril de 1952 es de Richard Tietz. Este alaba la política chilena anti-colonial en el Consejo de Seguridad en los asuntos de Túnez; el 18 de abril responde Jimmni F. Brown, señalándole que la postura de Chile “tiene ese tufo a la hipocresía” y si

Los polinesios gobernados por los franceses, británicos, neozelandeses, australianos y estadounidenses parecen tener algunos derechos y en el caso de los territorios en fideicomiso, recurren a las Naciones Unidas. Los polinesios de la Isla de Pascua chilena no tienen ninguno, hasta donde he podido descubrir. ¿Continúan todavía los pascuenses, agobiados por enfermedades y hambrientos,

siendo restringidos a sus poblados, para que el gobierno chileno pueda alquilar sus tierras a criadores de ovejas chileno-escoceses?

La intervención del embajador de Chile en Estados Unidos, Félix Nieto del Río, era inevitable, el 26 de abril, envió su misiva:

[...] El Sr. Brown le aconseja a Chile que se haga cargo de su pequeña colonia en el Pacífico, la Isla de Pascua²⁴. En primer lugar, Isla de Pascua no es una colonia de Chile. Es una parte integral del territorio nacional, como lo son todas las numerosas islas chilenas.

No adquirimos la Isla de Pascua en guerra alguna, ni fue entregada a nosotros como territorio en fideicomiso, ni despojamos a nadie de su posesión, como ha sido el caso de otras islas de este mundo.

Hace más de 60 años, le compramos la isla a sus dueños franceses y en algunas ocasiones hemos entregado para explotación su pequeña área de tierra arable a una antigua firma inglesa establecida en Chile hace muchos años. El gobierno le puso fin a esta concesión. Chile ha hecho todo lo posible por mejorar las condiciones de vida de los habitantes nativos, que son menos de 500.

Creo que el Sr. Brown cambiará sus planes antes de llegar al punto de exigir que las autoridades chilenas abandonen la isla de Pascua. Estas autoridades se encuentran en territorio nacional y además de sus funciones administrativas, judiciales y policiales normales, se preocupan de la salud de la gente y previenen que los forasteros roben los muy valiosos restos arqueológicos de una civilización ya extinta.

La respuesta del embajador es cuestionable en muchos aspectos. Será Lautaro Ojeda, en una breve columna en la página editorial del 30 de abril de 1952 de *El Mercurio* de Santiago, el encargado de desmentirla:

a.- Isla de Pascua es una colonia chilena, porque como reza la definición de colonia, ésta “es un territorio fuera de la nación que lo hizo suyo y está regido por leyes especiales”. Efectivamente, el capitán de marina don Policarpo Toro tomó posesión de ella en nombre de Chile en septiembre de 1888 y hoy se rige por una ley especial, la número 3.220, de 29 de enero de 1917, que la sometió a las autoridades, leyes y reglamentos navales chilenos.

²⁴ En español en el texto inglés original.

b.- La región entregada en concesión constituye la casi totalidad de la isla, pues de su superficie aproximada de 17.900 hectáreas, 15.500 hectáreas están en poder de la Compañía Explotadora; 1.900 hectáreas en poder de los nativos y 500 hectáreas en poder del Fisco chileno.

c.- La concesión de arrendamiento se inició en 1908 y la vigente comenzó en 1936 y vence en 1956 (la Compañía paga un canon de \$ 5.000 mensuales y ha solicitado a la Subsecretaría de Marina su prórroga por otros 20 años). Así, pues el Gobierno no ha puesto término a dicha concesión.

d.- Desafortunadamente, tampoco han sido cautelados, como fuera de desear, los muy valiosos restos arqueológicos rapanuyenses. En 1936 una expedición franco-belga y en 1946 un barco norteamericano trasladaron de la isla sendos ‘moais’, gigantes estatuas de piedra que pesan varias toneladas. Piezas menores emigran clandestinamente de Rapa Nui, hasta hoy.

Sospechamos que deben ser insuficientes los datos sobre la situación de la Isla de Pascua que nuestra Cancillería ha enviado a los representantes de Chile en el exterior cuando las informaciones proporcionadas a *The Washington Post* se resienten de los vacíos anotados.

Benjamín Subercaseaux era totalmente consciente de este debate²⁵, sabía que la isla estaba regida por leyes y decretos especiales (ley 3.220 y su prolongación por el decreto 1.731 de 1953) y de allí la urgencia que la tierra de la Isla pasara a manos rapanui y que se buscara un mecanismo de gobernanza acorde al tratado de 1888. Posiblemente tenía la esperanza, junto al senador Raúl Ampuero, de hacer de la isla un “muestrario de democracia y libertad”.

La polémica suscitada en la prensa devela la relevancia del viaje de enero de 1954 a Rapa Nui, su papel en asumir o no el colonialismo interno, más aún concebirlo como tal y, en ello, la narrativa múltiple de nuestro viajero enmascarado es tan emblemática como el viaje mismo. En su relato se entreveran las plumas del escritor, del cronista y del funcionario redactor del informe confidencial, además del tercer

²⁵ En su última crónica, se pregunta: “¿qué utilidad podría tener todo esto para Chile? Hasta ahora: sólo desprestigio internacional por razones que no es del caso hacer pública”. En su informe: “Que tal estado de las cosas no debe ser prolongado bajo ningún pretexto, en un país que se considera civilizado y democrático; menos bajo un régimen de libertad, de orden y honestidad, cual es el que se inauguró el 4 de septiembre. Sobre todo, cuando tales hechos han trascendido las fronteras, como lo manifesté personalmente en su ocasión al Presidente de la República Exmo. Sr. Ibáñez, en el curso de una conversación privada, relatándole cómo estas cosas no eran ignoradas por la UNESCO, donde me hicieron preguntas al respecto cuando en 1951 fui enviado ahí como observador del Ministerio de Relaciones Exteriores”.

texto que antecede a los anteriores: el documento previo a su viaje que explicita los “proyectos” de Benjamín Subercaseaux en relación al mundo indígena chileno.

IV. LOS PLANES DEL VISITADOR: LA CHILENIZACIÓN DE LO INDÍGENA

En la campaña presidencial de Carlos Ibáñez (“General de la Esperanza”) de 1952 se estableció un “pacto” con Venancio Coñuepán, máximo dirigente de la poderosa *Corporación Araucana*, lo que dio origen, en agosto de 1953, a la *Dirección de Asuntos Indígenas*, un organismo del Estado que debía velar por el desarrollo y protección de los Indígenas. No obstante, en esa *Dirección* nada se decía de los Rapa Nui, cuestión que como ya vimos se debatía desde 1947 en dos frentes: poner fin a la Compañía Explotadora y al rol hegemónico de la Armada (ley 3.220). El primer punto se resolvió en el mes de noviembre de 1952, y el segundo se mantuvo bajo el decreto N° 1.731 del 7 de septiembre de 1953.

El “pacto” de Benjamín Subercaseaux con Ibáñez se estableció en una dirección contraria al de Coñuepán. En una carta enviada al Subsecretario del Interior, fechada el 21 de septiembre de 1953²⁶, antes de ser nombrado oficialmente como visitador, le da a conocer un “breve resumen” de sus seis “proyectos”. El primero era poner fin a la “Condición Minoritaria” de las “razas indígenas de nuestro país”, que sean “liberadas de la actual condición humillante de menores de edad, que ahora les fija la Ley, y que pasen a gozar de iguales privilegios que los demás ciudadanos chilenos”. Este punto era totalmente opuesto a lo acordado con la *Corporación Araucana*, en el entendido que esa “condición minoritaria” le había permitido a los mapuche conservar sus miles de “comunidades reduccionales”.

El segundo y tercer proyecto apuntaba a la instrucción primaria y al servicio militar: “procuraré en lo posible que todos los pueblos indígenas puedan tener Instrucción Primaria Obligatoria, y que tengan el derecho (y deber) de cumplir la Ley de Reclutas y Reemplazos”. En este punto es donde aparece el peculiar “indigenismo” de Benjamín Subercaseaux:

En el futuro y previas consultas del caso trataré que se organice el ‘Escuadrón Indígena de Chile’, con sus diversos pelotones: Quichua, Pascuence, Araucano y Fueguino.

Excelente método civilizador –a mi modo de ver- que permitirá a estos hombres hacer su Servicio Militar en su propio ambiente, llevar sus nuevos conocimientos a los suyos, y dar margen a la mezcla de las razas sin perder las culturas

²⁶ Se encuentra en el Archivo Nacional, Ministerio del Interior, Vol. 15.179.

propias; ya que muchos de estos conscriptos se casarían con “chilenas”, que luego llevarían a sus tierras.

La idea de mantener las culturas y de mezclar las razas es central y da sentido a sus otros proyectos: el 4º, Mejoramiento Sanitario: atención médica, dentística, puericultura, maternidad, profilaxia, etc.; el 5º, Propiedad indígena: “Trataré de informarme sobre el estado de los títulos de propiedad de los indígenas, y de los conflictos que estos suscitan, a fin de buscar soluciones y la defensa de los derechos amagados por terratenientes colindantes”; el 6º, Deportes: “Daré a conocer los deportes, interesando a la dirección del ramo, para que estos sean enseñados en las agrupaciones indígenas, y para que así se formen equipos propios para cada raza, los que vendrían a Santiago para tomar parte en las diversas competencias”.

Ahora bien todos estos proyectos o planes se enmarcan en un sistema de ideas, en el entendido que “Un plan sin una ideología es un cuerpo sin esqueleto”. Benjamín Subercaseaux justamente le ofrece al subsecretario del Interior un esbozo de esta “ideología”:

A).- Procuraré defender, mantener y estimular las diferentes “culturas” indígenas (artesanado, folklore musical, danzas, literatura).

B).- Buscaré la manera de *chilenizar* a estos pueblos, interesándolos en nuestra Historia Patria, y también en sus aportes y colaboraciones con la ciudadanía, pero sin buscar de absolverlos dentro de nuestra Cultura general.

C).- Espero obtener, por contrapartida, que el pueblo nuestro deje de considerar lo indígena—que lo afecta— con un complejo de inferioridad o de desprecio; que comprenda la vastedad y majestad de nuestra Patria, al ver soldados, equipos deportivos, artes y música, provenientes de los ancestros del chileno o de tierras que actualmente pertenecen a Chile. Que aprendan así, también, a respetar al indígena, y verlo más a menudo, como un exponente físico y espiritual estimable. Y que estos sentimientos contribuyan así a su espíritu democrático, y al orgullo de la nacionalidad.

Se trata de una propuesta que él mismo califica de “ambiciosa”, pero “en modo alguno irrealizable ni tampoco excesivamente oneroso”. Lo sorprendente, para un lector contemporáneo, es el carácter protagónico que Benjamín Subercaseaux se da a sí mismo: él va a “procurar” la defensa de las culturas indígenas, él va a “buscar” la manera de *chilenizar* y él espera obtener como contrapartida, que el “pueblo nuestro... comprenda la vastedad y majestad de nuestra patria”.

Este proyecto, formulado en septiembre de 1952, no será sostenido discursivamente después de su experiencia en Rapa Nui en enero de 1954. Su experiencia de primera mano le permite comprender el peso histórico de la Compañía Explotadora, de

la Armada y de sus aliados locales; ve a los rapanui como un pueblo, y el acuerdo de 1888 como un tratado internacional; observa también la imposibilidad de desarrollar una economía tropical volcada al mercado chileno continental, propugna en cambio un proyecto con una economía centrada en la comunidad y donde el principal recurso es el turismo; ve un pueblo con plenos derechos ciudadanos y la urgencia de poner fin al decreto ley 1.731 que los priva de ellos.

Cabe preguntarse si esta carta con sus “proyectos” y su “ideología” no es otra máscara del escritor, una que le permite negociar con la propia ideología racial de la época, sin despertar “sospechas” de ser un agitador proindígena. En tanto futuro “visitador” deja huellas de lo que es su misión chilinizadora, que no entra en conflicto con las instituciones que ejercen el colonialismo.²⁷ Al mismo tiempo la carta ya esboza la ambigüedad que estará presente en el viajero enmascarado: se procurará no disolver las identidades indígenas, mezclarlas con lo chileno, pero manteniendo el folklore, produciendo valoración en la población, alcanzando así un horizonte democratizador, todo ello en un marco donde lo que prima es lo “nacional”. La “ideología” que prima, sin embargo, es la del “sadismo entusiasta”²⁸ toda vez que el modo incierto, ambivalente, contradictorio de las relaciones coloniales chilenas con el universo indígena es lo que el viajero enmascarado pone en el escenario textual de una travesía que aún no termina.

BIBLIOGRAFÍA

- Barboza, Esteban. “La invención de Guanacaste en la escritura de viajes: una mirada desde la óptica del discurso colonial”. (Re) *Lecturas de Guanacaste: 1821-2010*, Costa Rica, 2011.
- Brum, Blanca Luz. “El misterio de Rapa Nui”. *Zig-Zag*. 20 Feb. 1954.
- . “Mi amigo Casimiro Pahoa”. *Zig-Zag*. 27 Feb. 1954.

²⁷ En su artículo “Tradiciones militares” sostiene las razones para la formación de un “Batallón Araucano”, y el modelo que tiene en mente es la Europa colonial: “En Europa casi no hay país poseedor de razas aborígenes, en sus colonias, que no tenga sus regimientos coloniales. Y son el atractivo mayor de los desfiles militares, por sus vistosos uniformes y su apostura militar, a la vez que una lección viva de unidad dentro de la diversidad, que es el concepto de patria. En el caso nuestro, aquello sería tanto más importante, por cuanto el araucano es emblema y ejemplo de lo que fue Chile ante el mundo, y a la vez el símbolo más preciosos de una tradición militar, que así no correría el riesgo de perderse”.

²⁸ Recurrimos a esta noción de Benjamín Subercaseaux a través de la lectura del artículo de Roberto Hozven, quien la define como el modo en que Subercaseaux “aúna estas dos vertientes (la europea y la aborígen) integrantes de nuestros sentimientos de familia, de raza y de clase bajo la frase de ‘sadismo entusiasta’” (213).

- Calderón, Alfonso. “Benjamín Subercaseaux y una lectura de Chile”. *Mensaje* 320 (1983): 348-354.
- Edwards Bello, Joaquín. “Paraíso de Pascua”. *La Nación*. 17 Feb. 1954.
- Emeth, Omer. “Prólogo”. En Ignacio Vives Solar. *Cuentos folklóricos*. Santiago: Imprenta Universitaria, 1920.
- Estella, Bienvenido de. *Los misterios de Isla de Pascua*. Santiago: Imprenta Cervantes, 1920.
- . *Mis viajes a Pascua*. Santiago: Imprenta Cervantes, 1921.
- Ernst, Max. *Una semana de bondad bondad o los siete elementos capitales*. Barcelona: Editorial Gustavo Gill S.A., 1980.
- Foerster, Rolf. *Rapa Nui. El colonialismo republicano chileno cuestionado (1902-1905)*. Santiago: Catalonia, 2015.
- Foerster, Rolf y Alejandra Alvear. *El Obispo Edwards en Rapa Nui (1910-1938)*. Santiago: Rapanui Press, 2015.
- Hozven, Roberto. “Alegorías identitarias en cuatro ensayos chilenos”. *Anales de Literatura Chilena* 2 (2001): 207-219.
- Lugones, María. “Colonialidad y género”, *Tabula Rasa*, N° 9, 2008. 73-101.
- Marín, Juan. “La Isla de Pascua y las rutas”. *El Mercurio*. 6 Feb. 1954.
- . “La realidad pascuense”. *El Mercurio*. 11 Feb. 1954.
- . “El embrujo de Rapa-Nui”. *El Mercurio*. 14 Feb. 1954.
- Neruda, Pablo. *Obras completas*. Vol. I. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 1999.
- Pera, Cristóbal. “De viajeros y turistas: reflexiones sobre el turismo en la literatura hispanoamericana”. *Revista Iberoamericana* 184-185 (1998): 507-528.
- Pérez Villalón, Fernando. “Variaciones sobre el viaje (dos viajeros ejemplares: Mistral y Oyarzún)”. *Revista Chilena de Literatura* 54 (2004): 47-72.
- Prado, Pedro. *La reina de Rapa Nui*. Santiago: Imprenta Universitaria, 1914.
- Pratt, Mary Louise. *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. México: Fondo de Cultura Económica, 2010.
- Rojas, Manuel. “Prólogo”. En Stephen-Chauvet. *La Isla de Pascua y sus misterios*. Santiago: Empresa Editora Zig-Zag, 1946.
- Santiván, Fernando. “Benjamín Subercaseaux, premio nacional de literatura”. *Atenea* Año LX, Tomo CLI (1963): 81-91.
- Soriano, Nieves. “Escritos de viajes y creación de la alteridad”. *Revista Observaciones Filosóficas* 4 (2007).
- Subercaseaux, Benjamín. *Chile o una loca geografía*, Santiago, Ercilla. 1942.
- . *Tierra de Océano*. Santiago: Ercilla, 1946.
- . “Turismo marino”. *Zig-Zag*. 2 Ene. 1954.

- . “Imperio Chileno”. *Zig-Zag*. 13 Feb. 1954.
- . “Ver’ Pascua”, *Zig-Zag*. 20 Feb. 1954.
- . “Volcanes y males bíblicos”. *Zig-Zag*. 6 Mar. 1954.
- . “Coros y danzas en el centro del Pacífico”. *Zig-Zag*. 13 Mar. 1954.
- . “Adiós Pascua”, *Zig-Zag*. 20 Mar. 1954.
- . “Tradiciones militares”. *La Nación*. 8 Ago. 1954.
- . *Santa materia. Ensayos y lecciones de visión y tacto*. Santiago: Ercilla, 1954.
- Vicuña Mackenna, Benjamín. “El reparto del Pacífico: la posesión de la Isla de Pascua”. *Revista de Marina* (1885): 65-68.
- Vives, José Ignacio. *Rapa Nui. Cuentos pascuenses*. Santiago: Imprenta Universitaria, 1920.
- Zygmunt, Karolina. “La construcción de la experiencia del viaje en la escritura: figuras del escritor viajero contemporáneo”. *Kamchatka* 2 (2013): 105-136.